



LA  
**CRUZ DEL OLIVAR,**  
NOVELA ORIGINAL  
DE LA SEÑORA  
**DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.**  
—  
CUARTA EDICION  
CORREGIDA Y AUMENTADA.  
—  
MADRID.  
IMPRENTA DE JULIAN PEÑA,  
Calle de Relatores, núm. 43.  
1868.  
Reg 1651

NOVELA

MUSEO ROMANTICO

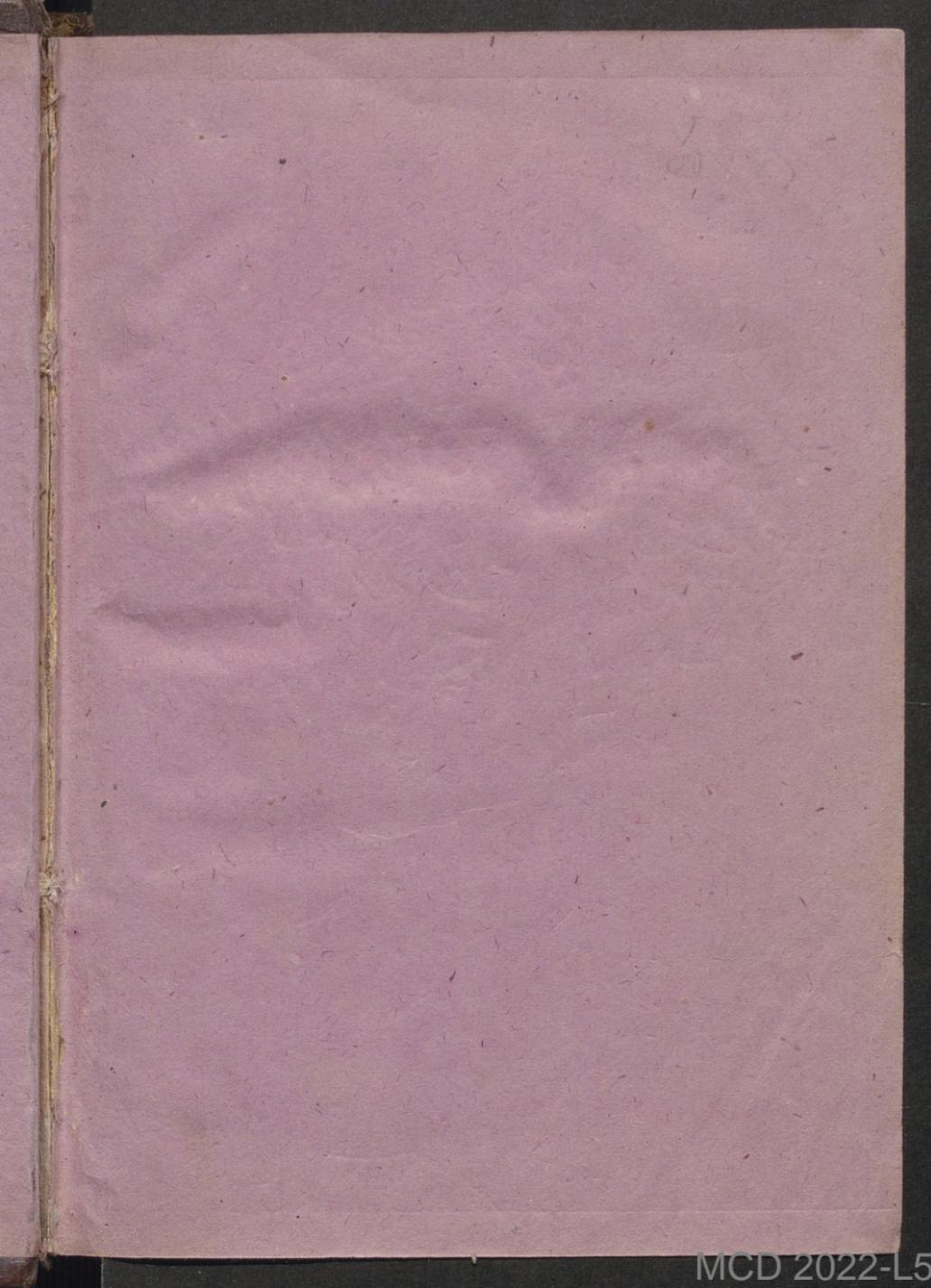
I-11

21

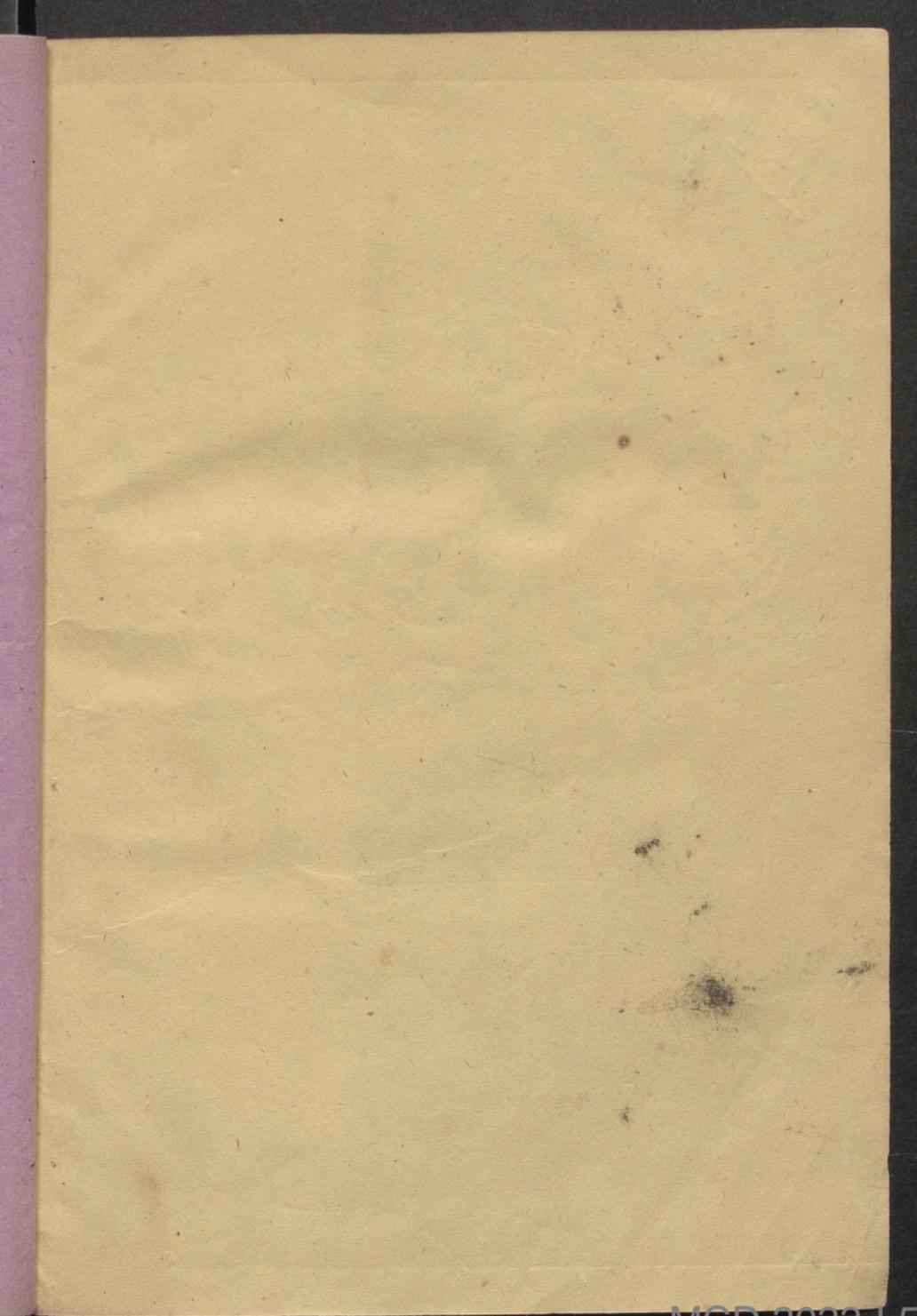
*Biblioteca del*



*Museo Romántico*







I-11  
21

**LA CRUZ DEL OLIVAR.**

Esta obra es propiedad de la autora.

LA  
CRUZ DEL OLIVAR,

NOVELA ORIGINAL

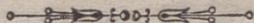
DE LA SEÑORA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

---

CUARTA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA.



MADRID.  
IMPRESA DE JULIAN PEÑA,  
Calle de Relatores, núm. 43.

1868.

Reg 1651

LA

# CRUZ DEL OLIVAR.

NOVELA ORIGINAL.

DE LA SEÑORA

DOÑA KRISTINA DE SUZAR.

CUARTA EDICION.

CORREGIDA Y AUMENTADA.

— 2 —

MADRID.

IMPRESA DE JULIAN PERA.

Calle de Baboza, n.º 11.

1888.

Ref 1851

A LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE LA TORRE,

*Nadie mejor que Vd., señora, merece el homenaje de los poetas, porque es y ha sido siempre protectora entusiasta de las letras.*

*En España, donde la ilustracion no es general en el bello sexo, no puede menos de causar admiracion la que como Vd. por su esclarecido talento y vasta instruccion, se coloca à tanta altura, tendiendo su apoyo generoso y alentando con sus plácemes à los espíritus tímidos que se presentan ruborosos en el campo de la literatura.*

*¡Ojalá que al empezar mis tareas hubiera encontrado à Vd. en mi camino, que recorri temerosa siempre y siempre hallando à mi paso espinas y amarguras! Pero ya que entonces no tuve esa suerte, hoy me congratulo de haber conocido à Vd. y de haber tenido la dicha de oírme llamar su amiga, título que me envanece y halaga mucho mas que si fuera un título de nobleza. Espero, señora, hacerme digna de él, probándola que no en vano me concedió su preciosa amistad; en tanto la ruego que admita esta pequeña ofrenda de mi entusiasta admiracion, este débil homenaje de mi sincero afecto, permitiéndome colocar al frente de esta humilde novela su ilustre nombre, símbolo glorioso del progreso y de la regeneracion de España.*

*Siempre suya apasionada amiga*

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Noviembre 19, 1868.

A LA EXCMA. SRA. BUENOSA DE LA TORRE

Yo me permito decirle, señora, que he leído con mucho gusto y satisfacción sus poesías, y he sido siempre sus admirador, como lo he sido de sus obras.

En su obra, donde se trata de la educación de la mujer, se ve un hombre de corazón noble y de talento superior, como lo es el autor de esta obra, que se ocupa de la educación de la mujer, y de las obligaciones que le corresponden en el mundo de la vida.

Es un libro que merece ser leído por todos los que se interesan por la educación de la mujer, y por el estado de la sociedad en general. El autor trata de la educación de la mujer, y de las obligaciones que le corresponden en el mundo de la vida. El libro es un tratado de la educación de la mujer, y de las obligaciones que le corresponden en el mundo de la vida. El autor trata de la educación de la mujer, y de las obligaciones que le corresponden en el mundo de la vida. El libro es un tratado de la educación de la mujer, y de las obligaciones que le corresponden en el mundo de la vida.

Yo me permito decirle, señora, que he leído con mucho gusto y satisfacción sus poesías, y he sido siempre sus admirador, como lo he sido de sus obras.

Yo me permito decirle, señora, que he leído con mucho gusto y satisfacción sus poesías, y he sido siempre sus admirador, como lo he sido de sus obras.

Yo me permito decirle, señora, que he leído con mucho gusto y satisfacción sus poesías, y he sido siempre sus admirador, como lo he sido de sus obras.

LA OTRA DEL OLIVAR

8

¿verdad? y volví; con mi escopeta y mi...  
¿verdad? y volví; con mi escopeta y mi...  
Esta conversación la tenían los ancianos,  
mucho y hablar en un lenguaje que no...  
me ha llevado en poco tiempo á formar hábito...  
hablar tanto del pasado y del futuro...  
Sueña lo que quieras y estaré en las...  
que de la vida, que el hombre es un...  
—Mauricio, ¿no oyes lamentos en el olivar?

—Déjame dormir y no seas aprensiva, yo no siento nada.

—Te aseguro que hace una hora estoy escuchando gritos penetrantes, y tengo un miedo horrible; no puedo descansar.

—Será el viento; esta noche silba entre los olivos como si fuera un condenado.

—Levántate.

—Vaya, mujer, que cuando te empeñas en una cosa, no hay quien te sufra.

—Mi sospecha debe ser cierta; cuando el Turco ladra y de un modo aterrador, alguna desgracia sucede.

—Quién sabe si esa gavilla de perdidos que andan robando por los alrededores, habrán cogido á algún caminante.

—Pues está apetecible la noche para ir de viaje con estos frios tan horrorosos.

—¡Calla! y que tienes razon; ahora oigo á modo de un gemido lastimero.... Voy á escape

*Novela*

á vestirme, y saldré; con mi escopeta y mi cuchillo no temo á nadie.

Esta conversacion la tenian dos ancianos, marido y mujer, en una tenebrosa noche del mes de Enero, en época algo lejana, hácia el primer tercio del presente siglo.

Sucedia lo que vamos á referir en las cercanías de Tórtola, pueblo de escaso vecindario de la provincia de Guadalajara, donde el duque del Infantado tiene grandes posesiones.

Mauricio era el guarda y habitaba con su mujer una pequeña casita construida junto á un olivar, que el duque posee en aquel término. Hermosa finca, notable por su riqueza y por la singularidad de tener tantas hileras de olivos y tantos olivos en cada hilera como dias tiene el año.

El valeroso guarda era un hombre ton terrible y de una fuerza hercúlea, y no solo esforzado y animoso, sino arriesgado; así fué, que sin temor ninguno al peligro se levantó con ligereza, vió si las armas estaban corrientes, y saliendo al campo cerró con llave la puerta de la calle, y colocándola en el cerco de la ventana por la parte de dentro, se internó con cauteloso paso en el olivar.

La noche estaba oscura y fria; una lluvia continuada habia inundado los campos, y en muchos sitios eran tan profundos los lodazales,

que solo podían salvarse teniendo mucha ligereza para saltar y un gran conocimiento del terreno. A pesar de todo, Mauricio se vió á veces sumergido en los charcos, necesitando de todo su valor para salir de ellos.

En uno de los extremos del olivar habia desde tiempo atrás una cruz de piedra, que los habitantes del país colocaron allí en memoria de un hijo del pueblo á quien los franceses asesinaron en aquel sitio cuando la guerra de la Independencia.

Mauricio se detuvo á escuchar.

El viento gemia entre los espesos olivos, y á lo lejos alguno que otro perro de los ganados vecinos dejaba sentir de vez en cuando sus ahullidos aterradores.

—¡Si me habré engañado!... murmuró el guarda avanzando unos cuantos pasos.

Estaba ya muy cerca de la cruz de piedra; esta cruz lindaba con el camino que conducia á Tórtola. Se detuvo un momento.

Acostumbrados sus ojos á distinguir los objetos en la oscuridad de la noche, pudo ver sin gran esfuerzo que en el camino se hallaban algunos bultos, pero estaban inmóviles y arrojados por el suelo; si eran hombres estaban tendidos.

Mauricio se echó la escopeta á la cara y se ocultó detrás de un árbol.

De repente oyó á su izquierda un gemido, se estremeció. El pobre guarda tenia buen corazon y presentia una desgracia.

Tras el gemido una voz infantil murmuró con desgarrador acento:

—¡Madre! ¡madre mia!

Sucedió un silencio profundo á estas palabras de angustia.

Mauricio despues de asegurarse de que aquellos bultos no se movian, se dirigió al sitio de donde habia salido la voz, y exclamó en tono fuerte:

—¿Quién anda aquí?

—¡Madre! Madre mia, repitieron con mas dolor aun que la primera vez.

El guarda se aproximó entonces; pero faltó terreno á sus piés, y se hundió hasta las rodillas en un inmenso lodazal.

Al pretender salir de aquel cieno, estendió el brazo buscando un punto de apoyo, y su mano tocó una cabellera fina y sedosa y una frente helada que se inclinaba con la languidez de la flor, que falta de vida se dobla sobre su tallo.

Aquella era la cabeza de un niño; y aunque la oscuridad casi no dejaba conocer los objetos, Mauricio advirtió que la criatura estaba sumida en el charco, y adheridos sus pies al cieno no habia podido salir.

Inmediatamente la cogió en sus brazos, y

con el auxilio de la escopeta, que le sirvió de apoyo, pudo salir agarrándose á las ramas del olivo.

El niño callaba. Indudablemente estaba medio muerto de frio y de terror, y por mas que Mauricio le estrechaba contra su pecho, no sentia los latidos de su corazon.

Lo primero es salvarle, dijo el honrado guarda, luego volveré, y se dirigió hácia su casa con la celeridad que le permitia el desigual terreno y la oscuridad de la noche, cada vez mas húmeda y densa.

Su mujer, llena de inquietud, le aguardaba en la ventana.

—¿Eres tú? exclamó, apenas distinguió á la entrada del olivar la sombra de su marido.

—Yo soy, abre; traigo una criatura casi helada.

—¡Virgen del Cármen! exclamó la buena mujer, precipitándose á la puerta.

—Toma, dijo el guarda, poniéndola en sus brazos; estaba hasta el cuello en un lodazal. Lávala con aguardiente y caliéntala, ya volverá en sí, yo vuelvo á ver si hay alguna victima mas á quien prestar auxilio.

Mauricio se internó entre los espesos olivos, y Macrina, su mujer, despues de echar el cerrojo, fué á examinar cerca del fuego á la inanimada criatura.

Era una niña de unos tres años, blanca y rubia como un serafin, con unas facciones tan delicadas y unas formas tan esbeltas que causaban admiracion.

—¡Qué hermosa criatura! ¡Dios la bendiga! Y casi no respira; pero ¡vive! ¡ay!... siento latir su corazon bajo mi mano. Está solamente aterida por el frio y el lodo que la envuelve.

La pobre mujer echó mano á un manojo de sarmientos que tenia junto á la chimenea, los puso en las ascuas y soplando con alguna fuerza consiguió que levantasen llama inmediatamente: luego con la niña en la falda, empezó á desnudarla quitándola aquella ropa mojada, y tomando un lienzo la dió fricciones con aguardiente templado.

Poco despues la niña abrió los ojos y rompió á llorar.

—¡Mamá! ¡mamita mia!... ¿dónde estás? dijo.

—¡Hija de mi alma!... gracias á Dios que la oigo... decia Macrina poniéndola en la cabecita un pañuelo de algodón y envolviéndola en una manta de lana. Y ¡qué hermosa eres!... Pobrecita, cuánto daria por que fueras hija mia.

Sus caricias y sus ardientes besos hicieron reir á la niña, que agradeciendo aquel cariño se las devolvía con su infantil ternura.

—¿Cómo se llama tu mamá? la preguntó.

—Mamá... mamá... osa, balbuceó la niña.

—Osa, y ¿qué es osa? Querrás decir Rosa ó Sinforosa.

—No; mamá osa, mamá osa, papá Lel...

Esto era todo lo que la niña sabia del nombre de sus padres; madre, mamá osa, papá Lel... no era posible comprenderla.

—Y tú ¿cómo te llamas?

—Yo amo ia.

—¡Ya! será María.

—No, ia, amo ia.

—¿Lucía?

—No, no, ia, ia.

—Pues señor, estamos bien; si no pareciesen los padres de esta criatura, ¿cómo la llamaríamos?

—Abre Macrina, dijo Mauricio desde fuera.

—Allá voy; espérate un poco, contestó su mujer soltando la niña junto al fuego y dirigiéndose á la puerta.

El guarda entró muy cabizbajo.

—¿Vienes solo? ¿qué ha sucedido? y estás temblando de frio; ven á calentarte y cuéntame lo que has visto. Mira, echa un hacecillo de sarmientos; ahí los tienes á tu derecha. Macrina volvió á coger la niña en sus brazos y se sentó en la losa del hogar.

Mauricio tomó asiento en un taburete de madera, y encandilando un poco la lumbre con secos sarmientos, dijo á su mujer:

—Esa cuadrilla de ladrones que anda por estas cercanías, ha debido hacer un robo junto á la cruz del Olivar.

—¡Qué bribones! ¡ay! ¡sabes que tengo mucho miedo en esta casa!

—¡Qué disparate! Si estamos á dos pasos de Tórtola, y además ¿qué nos han de hacer á nosotros los ladrones? ¿Tenemos acaso siquiera con qué tentar su codicia? Gracias que con mi jornal podamos comer unas sopas de ajo.

—Tienes razon ¿y qué has visto?

—Dos caballos muertos en medio del camino y varias ropas esparcidas de acá para allá, maletas abiertas y chismes de algunos viajeros que han debido ser robados.

—¡Jesús, valedme! ¡ay! ¡qué miedo tan atroz!

—¡Dios haya protegido á los caminantes! Macrina, cuida de esa niña, yo ya me he calentado un poco y voy á dar parte al alcalde.

—¡Infeliz! ¡quién sabe si serian sus padres! dijo la pobre mujer inundando de besos á la hermosa criatura, que se habia dormido en sus brazos.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### La guardesilla.

Era un domingo del mes de Mayo, la campiña verde y risueña se ostentaba en toda su lozanía, presentándose los campos en las inmediaciones de Tórtola con una frondosidad admirable. Como día festivo, los vecinos de la pequeña villa estaban de holganza, y en particular los mozos y mozas, perfectamente ataviados con sus trajes de gala, se agrupaban en la plazuela que habia entre el olivar del duque y la casa del guarda.

Allí se veían una docena de gallardos labradores, con sus guitarras debajo del brazo, y otras tantas graciosas aldeanas, que solo aguardaban á una seña de sus compañeras para dar principio á las populares y animadas seguidillas.

—En baile, muchachas, dijo uno de ellos, que me canso de tocar.

Rodeaba las ventanas y la puerta de la casa

del guarda una frondosa parra, debajo de la cual y todo alrededor de la fachada principal, corria un poyo de yeso, ocupado á la sazón por algunas labradoras que habian ido hasta allí en seguimiento de sus hijas, y por estar á la mira de que no cometiesen alguna ligereza como muchachas alegres y de buen humor.

—Mi Clementa es la mas juiciosa de todas, decia una vieja regordetilla.

—Sí, porque tú no la dejas ni á sol ni á sombra; si la vieras cuando está sola, es capaz de revolver á Roma con Santiago.

—No digas eso, Chiripa, si parece una malva, contestó la viejecilla.

—¡Ya, ya! buena malva está; ella y la chica de la guardesa tienen perdida la cabeza á todos los mozos del lugar.

—¡Toma! eso ya lo creo, como que son las mas hermosas.....

—Y la guardesilla tiene humos de gran señora; mírala, ya sale lleno el moño de flores y con un talle que cabe entre mis dos manos, y aun son anchas, dijo Chiripa.

—¿Está Vd. hablando de mí, seña Chiripa? Miste que me enfado, repuso la jóven que habia oido las anteriores palabras, y se dirigió hácia donde estaban las dos cotorras.

—Hija, no te ofendiamos en nada, exclamó la madre de Clementa.

—Es que cuidaio, porque no lo consentiria mi padre, que es el guarda mas antiguo de en cá el duque.

—¡Vaya la muñeca!.... y á mí, ¿qué me importa tu padre, ni tú tampoco? la dijo amostazada la Chiripa.

—¿Cómo que no? entonces, ¿á qué viene usted aquí, para bailar con las muchachas?

—Vengo á ver si le quito de la cabeza al majadero de mi hijo una aprension que le ha dado.

—La de requebrarme, ¿no es verdad? pues no tenga Vd. pena, que yo se la quitaré, dijo la jóven repicoteando las castañuelas con mucha gracia y plantándose de un salto en medio del corro.

—¡Qué salada es, Dios la bendiga!.... ¡Si tiene una gracia!.... dijo la madre de Clementa mirándola embobada.

—Así la habeis envanecido vosotras, como si no hubiera otra en el lugar; tu Clementa es mas linda.

—Cada una por su estilo, las dos son guapas, y lo mejor es que se quieren como hermanas.

La guardesilla, como la decian en el pueblo, era una criatura preciosa; tenia en su rostro la blancura de la azucena con el carmin de la rosa; sus cabellos de un castaño claro, y sus ojos pardos, grandes y rasgados, daban á su

fisonomía una espresion encantadora; y sobre todo, lo que mas admiraba en tan gentil muchacha, no era su belleza, sino su talento, su travesura, su infinita gracia; tenia unas ocurrencias tan donosas, y unas contestaciones siempre tan chispeantes y tan oportunas, que no podian menos de ser aplaudidas de todo el que las escuchaba.

—¿De qué se trata, seña Chiripa? dijo la guardesa asomándose á la ventana, y apoyando los brazos en el cerco, mientras los pámpanos de las parras acariciaban su cabeza.

—¿Para qué lo pregunta Vd. tia Macrina, si lo está escuchando desde ese púlpito? contestó la interpelada levantándose del poyo, que hasta entonces habia ocupado con la madre de Clementa.

—Lo quisiera oir otra vez, por si se habia Vd. arrepentido.

—No, señora, lo que yo digo una vez lo repito siempre. Mi Manolo ha dado en enamorarse de su chica de Vd. y le tiene vuelto el juicio, dándome muy malos ratos.

—Pues miste, aquí maldita la falta que hace; mi María no le hace cara ni siquiera; con que no se dé Vd. tono, seña Chiripa, pues aunque nosotros seamos unos pobres guardas y usted una labradora con dos pares de mulas, no por eso pretendemos engatusar á Manolo; ¡bonita

es la chica!... ¡ya!... ¡ya!... ¿si Vd. la oyera?

—¡Pues qué dice!... ¡será capaz de hablar mal de él, cuando no hay en el pueblo un mozo mas arrogante ni que mejor puesto vaya!... exclamó la Chiripa chispeando de coraje sus ojillos verdes, pues aunque no queria la boda, le ofendia que despreciasen á su hijo.

—Tanto como hablar mal, no señora; precisamente mi María tiene una cualidad buenísima; jamás habla mal de nadie, pero se rie de Manolo, y cuando le vé venir por el olivar con la jerezana de alamares en el hombro y el ramo de flores entre la cinta del sombrero, nos dice «ya está aquí mi andaluz; pobrecillo, cuándo se convencerá de que no me crio para él.»

—¡Hola! Con que esas tenemos.... ¡Desaira al amo del lugar! ¡Oh! pues yo le aseguro á esa vanidosilla que no se volverá á reir.

La Chiripa se fué de allí hecha una furia, y Macrina cambió con la madre de Clementa una mirada y una sonrisa que equivalia á estas ó parecidas palabras: «Válgame Dios, cuánto humo prestan los terrones y las yuntas.»

Mientras tenian lugar estas conversaciones, las muchachas bailaban á mas y mejor, dejando que llegase la noche, sin haber sentido pasar la tarde.

De repente sintióse en el olivar el disparo de una escopeta.

—¡El duque viene! exclamó Macrina; esa es una señal de Mauricio.

Efectivamente, apenas habia dicho estas palabras cuando apareció en un recodo del camino una lucida cabalgata envuelta en una nube de polvo; delante iba Mauricio con la escopeta al hombro.

## CAPÍTULO II.

### El marquesito.

En la época á que nos referimos habitaba en su palacio de Guadalajara el duque del Infantado, teniendo siempre en su casa multitud de caballeros de la primera grandeza que pasaban largas temporadas cazando en las magníficas posesiones del duque, ó recreándose en aquellos amenos y pintorescos sitios.

Los que llegaron á interrumpir el baile no era el duque, sino cinco ó seis de sus alegres huéspedes, seguidos de otros tantos criados. Sin apearse de los caballos se pusieron á examinar la graciosa comparsa de muchachas que, llenas de respeto, se habian agrupado á la puerta de la casa, mientras los jóvenes, con el sombrero en la mano y los instrumentos debajo del

brazo, esperaban á que se marchasen para volver á su diversion.

Empero los aristócratas no estaban de ese parecer; con una mirada se hicieron cargo de que en el grupo de aldeanas las habia preciosas, y creyendo encontrar allí un nuevo motivo de placer, echaron pié á tierra, y adelantándose uno de ellos, dijo con tono jovial:

—Siga el baile, señores; nosotros tambien seremos de la partida si se nos admite.

Era este un caballero jóven de hermosa presencia, y con un aire tan noble y tan distinguido, que se ganaba desde luego las simpatías. Sin embargo, su familiaridad no halló mucho eco entre los tímidos lugareños, que sin atreverse á contestar, se miraron unos á otros, como preguntándose quién seria el mas atrevido que se encargase de tomar la palabra.

—¡Ea! ¿qué es esto, callais? ¿No nos hareis el honor de bailar una jota con nosotros hermosas niñas? volvió á decir el mismo bizarro caballero.

María, separándose de sus amigas, se adelantó dos pasos, y con muchísima gracia y discrecion contestó en estos términos:

—Señor, nosotros somos unas pobres aldeanas que nos divertimos honestamente sin ofender á nadie, bailando con los labradores del pueblo, que son los que corresponden á nuestra humilde clase, y no podemos admitir el honor que

tan ilustres señores quieren dispensarnos, porque no estando acostumbradas á tanta honra, nos saldrían los colores al rostro y se nos enredarían los pies de vergüenza y confusión antes que acertar á menearlos.

—Discreta es en verdad tu respuesta, hija mía, y ¿cómo te llamas?

—María, señor; en el pueblo me dicen la guardesilla, porque soy la hija del guarda del señor duque.

—Mauricio, ven acá picaron, dijo el j6ven poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro. ¿Cómo tienes aquí este tesoro tan escondido? ¿No le llevas nunca á casa de tu amo?

—Pocas veces, señor marqués, dijo el guarda: María vive tan contenta en el campo, que si alguna vez la llevamos á Guadalajara, está deseando volverse.

—¡Eso es cierto, niña? exclamó el marqués contemplando con extraordinaria atención el rostro lleno de inteligencia y bondad de aquella angelical criatura.

—Sí señor; acostumbrada á ver el cielo, el campo y el horizonte por cualquier parte que tienda la vista, no puedo vivir en los estrechos límites de la población; me cansa aquel bullicio, aquel ruido incesante; porque solo me complace escuchar el cántico de las aves y el susurro del

viento, que ya tímido ó furioso resuena en el olivar.

—¿De manera que tú no querrias venirte á Madrid? Tengo allí una madrina á quien harias compañía, y que seria feliz teniéndote á su lado, ¿quieres venirte?

—Pídame Vd. la vida, señor marqués, y no me pida que abandone mi casita, mi huerto, mis pájaros y sobre todo, á mis ancianos padres, que no tienen mas consuelo que yo.

—¡Bendito sea tu picol... decia Macrina enjugando con la punta del delantal una lágrima de ternura que asomaba á sus párpados.

—Mira, marqués, vámonos, dijo uno de los caballeros; hemos interrumpido la diversion de estos pobres muchachos, que ni á respirar se atreven, y ya estamos estorbando.

—Como Vds. gusten, contestó el marqués acercándose muy pensativo al caballo que tenia su criado por la brida.

—Sí, sí, divertíos, buena gente, dijo el anciano; vamos á dejaros en paz.

—Los señores pueden estar el tiempo que gusten, dijo el guarda.

—No, Mauricio..... los dejaremos divertirse alegremente y vamos á dar la vuelta al famoso olivar, que nos ha dicho el duque tiene tantas carreras y tantos olivos en cada una como dias el año.

—¡Así es en efecto! contestó Mauricio.

A caballo ya la lucida cabalgata se pusieron en marcha, despidiéndose afectuosamente de los aldeanos y aldeanas, que sin atreverse á despegar los labios contemplaban con admiración la gallardía de tan amables caballeros y sus elegantes trajes.

Únicamente María, que al principio se presentó serena y se espresó con mucho desembarazo, á la despedida apareció como turbada: las palabras y las miradas del marquesito del Torrente la impresionaron sin saber ella misma por qué.

—Señores, hasta otro día, dijo el marqués saludando con la mano.

María se escondió entre sus amigas y no respondió á pesar de que aquel HASTA OTRO DIA resonó en sus oídos de una manera muy grata.

—Adios niña, que te diviertas con tus pájaros y tus campos, dijo el anciano caballero á quien el marqués llamó conde de Silo.

—Dios guarde á vuestras mercedes, contestó la guardesilla, sintiendo que se le oprimía el corazón al verlos marchar, como si se llevaran una parte de su alma.

El baile no continuó, porque María, que era la reina de la fiesta, fué á sentarse debajo del emparrado y no quiso bailar mas.

El hijo de la Chiripa se acercó á ella y la dijo con acento tímido:

—María, ¿quieres que te dé música esta noche?

—No.

—¿Cuándo me darás el sí?

—Nunca.

—¡Qué desgraciado soy!... ¡no consigo agradarte, cuando daría por tí mi vida!...

—¡Déjame en paz, Manolo! y vete.

—Ya me voy; ¡adios! eres una ingrata.

—¡Oh! esos hombres.... ¡esos hombres son los que á mí me agradan, y no los palurdos de Tortola!... murmuró para sus adentros María, viendo que la cabalgata desembocaba por el extremo del olivar, tomando el camino de Guadajajara.

—Va Vd. muy pensativo, marqués; dijo el conde de Silo al bizarro jóven.

—Es que no puedo olvidar á la guardesilla.

—¡Oh! esa niña es una perla escondida en una concha, contestó el de Silo.

---

---

### CAPÍTULO III.

#### Amor y celos.

Lo mismo estaba la modesta casita del guarda, que doce años antes, cuando por primera vez hicimos penetrar en ella al lector. Quizá la precipitación de aquella noche en que referimos un suceso grave, nos impidió describirla convenientemente con todos sus detalles, lo que siempre es útil, porque agrada conocer el teatro de los acontecimientos que nos impresionan, y la imaginación con poca ayuda se la figura tal cual es.

Imaginaos, mis buenas amigas (yo creo que lo son mías todas mis lectoras), que Mauricio era pobre, ganaba solamente un jornal de ocho reales y la casa que el duque del Infantado le cedía gratuitamente, componiase por lo tanto su morada de cocina, una sala con alcoba y su

corral. En la primera pieza estaba la puerta de entrada, y el mueblaje de ella se reducía á seis taburetes de pino, una mesa pequeña de lo mismo, y dos escaños de madera también, que se hallaban colocados en ambos lados del anchuroso hogar, donde por comodidad ó por costumbre ardía constantemente un gran monton de paja. La leña solo se usaba en determinadas ocasiones. La chimenea tenia una campana inmensa que llegaba á la mitad de la pieza; teniendo encima una especie de cornisa que servia para colocar en ella los pucheros y demas chismes de cocina.

Una cosa me queda que citar, la cantarera, que situada en un extremo, tenia cuatro cántaros de agua, cubiertos con blanquísimos paños. Era sorprendente la limpieza que reinaba en esta casa. Macrina era una mujer muy hacendosa y muy honrada, notándose en todo el sello de su actividad y admirable aseo.

La cocina tenia una ventana que estaba cubierta por fuera con las ramas de la parra y con las de una enredadera de campanillitas blancas y azules, que María habia sembrado y tenia un especial cuidado en conservar.

La puerta que daba paso á la sala estaba cubierta con una cortina de percal blanco con floreado azul.

Macrina hacia calcetas de grueso estambre

para su marido y María estaba cosiendo una camisa. Las dos mujeres aprovechando los últimos rayos del crepúsculo vespertino, se habían sentado cerca de la puerta en un taburete de madera, que tenía el asiento hecho por un cruzado de sogas de esparto.

Al ver la espléndida hermosura de María encerrada en tan pobre estancia, no podía menos de sentirse una profunda admiración. Su rostro de ángel, y la expresión noble y pura de su fisonomía, demostraban que no podía pertenecer á tan humilde clase; sin embargo era tal su carácter, que no se hallaba descontenta de pertenecer á la familia del guarda.

Los quería mucho, los creía sus padres y por nada del mundo los hubiera dejado.

—¿Qué tienes, hija mía? parece que estás triste; la dijo Macrina viéndola quedarse pensativa, con la vista fija en el extremo del olivar.

—No es nada, madre; recuerdo aquella lucida tropa de caballeros que vimos la otra tarde: respondió ingenuamente la joven.

La inocente niña no sabía ocultar sus impresiones y dejaba que las leyese en su alma. A Macrina, que era mujer de algún despejo, no se le escapó la causa de la distracción y de la palidez de la joven.

—Y en verdad, exclamó, que el señor mar-

qués es un guapo mozo, ¡y qué campechano! por su gusto se hubiera puesto á bailar.

—¡Ya lo creo! contestó maquinalmente María, volviendo á quedarse meditabunda.

La tarde iba declinando, y los últimos rayos del sol poniente iluminaban apenas las altas crestas de los montes circunvecinos.

De repente apareció en el recodo, que formaba el camino detrás del olivar, un caballero montado en un soberbio alazan.

El corazón de María dió un salto dentro del pecho; la jóven, que tenia la vista fija en aquel sitio, fué la primera en distinguirle y reconocerle.

—Hé allí el marqués, dijo con un tono natural, como si tal acontecimiento no fuera una cosa impensada, sino un acuerdo tácito ya preparado de antemano. Ella le esperaba sin poder darse cuenta del por qué tenia aquella convicción.

—Ojalá se enamore de tí, hija mia, dijo la vieja; así tendremos el pan seguro én nuestra vejez.

—¡Madre!... exclamó la jóven con severidad, eso es un sueño, yo no consentiria nunca.

—¡Valiente tonta!... así rabiaria la tia Chiripa y todas las envidiosonas del pueblo, que se desesperan porque no son tan hermosas como tú.

—Pero yo tengo mi orgullo en que ninguna me aventaje en honradez; y á la verdad que hasta hoy, en buena hora lo diga, nadie ha tenido que decir de mí.

—Por eso te debe querer el señor marqués, porque eres tan honesta como hermosa y buena.

En esto él marqués se habia ido aproximando. Llegó á la puerta de la casa donde estaban las dos mujeres, y fijando en la jóven una mirada llena de interés y de simpatía dijo con acento familiar:

—Muy buenas tardes, señoras, ¿cómo ha ido por aquí desde el otro día?

—Muy bien, señor marqués, contestó la vieja medio aturdida.

—Y la hermosa María ¿no me dice nada?

—Señor marqués, exclamó la jóven ruborizándose y bajando los ojos, dispénsenos Vd. si al hablarle decimos alguna tontería ó faltamos al respeto que se debe á tan alto caballero; pero nosotras, pobres aldeanas, criadas aquí en el campo entre las zarzas, no sabemos espresarnos en el lenguaje conveniente, por eso callamos muchas veces.

—Precisamente yo quiero que Vds. se olviden de mi título y de mis honores; en el campo soy un campesino; en la corte seré un cortesano; con que, franqueza, y á ver si tienen por ahí alguna cosa que yo pueda tomar, porque estoy

muerto de necesidad; salí esta mañana de caza con mis amigos y me he perdido en el monte; de manera que ando todo el día saltando valles y atravesando barrancos sin poderlos encontrar, y lo que es peor, sin comer desde que los perdí de vista.

—¡Valgame Dios! este sí que es apuro, exclamó la anciana, oyéndole y viendo que sin ceremonia echaba pié á tierra, y atando el caballo á los barrotes de la ventana se sentaba en el poyo de la puerta.

—Como no quiera Vd. un trozo de liebre; esta es la cena que tenemos dispuesta y no podemos ofrecerle otra cosa, dijo María, á no ser un vaso de leche, eso sí, tenemos dos cabras muy hermosas.

—Esto último lo acepto con gusto, dijo el marqués.

María miró á su madre; esta se levantó y tomando una jarrita se fué á buscar la leche; en tanto el jóven, aprovechando aquel momento de oportunidad, quiso cojer una mano á la niña que ella retiró precipitadamente.

—¡María, no he podido olvidar á Vd. un solo momento!... la dijo.

—¡Caballero! sepa Vd. que soy una jóven honrada, y le suplico que no venga á turbar mi paz, ni á mancillar las canas de mi padre.

—¡Ah! ¡si supiera Vd. cuánto la amo!...

—¡Caprichos del momento! señor marqués, usted no puede amarme, porque soy una pobre, ni yo puedo amar á Vd. porque es un caballero.

—Y eso ¿qué importa?... el amor iguala las condiciones.

—Pero no iguala las clases; por lo tanto suplico á Vd. que si su idea es divertirse turbando la tranquilidad que disfruto en la humilde casa de mis padres, tenga la bondad de no volver á visitarnos, porque serán inútiles todas sus tentativas.

—¡Completamente! ¿no me dará Vd. ninguna esperanza?

—Ninguna.

—Mírelo Vd. bien; yo lo ofrezco con mi amor riquezas sin cuento; sus padres tendrán asegurada su vejez y vivirán Vds. en Madrid en una espléndida casa llena de comodidades, con criados mil que adivinen sus menores pensamientos.

—Si yo soy dichosa en esta casa y en estos campos, ¿para qué necesito todo eso? contestó María, cuya alma recta y severa se iba indignando con las proposiciones del marqués.

—Reflexione Vd. que su padre es muy viejo, que ya no puede trabajar, y que si conserva su destino es solamente por la consideracion del duque.

Esta idea hizo bajar la cabeza á María: se mostró un momento abatida, pero no indecisa, porque sacudiendo con soberano desprecio su hermosa cabellera exclamó:

—¡Nunca!...

El marqués la miró atónito; aquellos ojos, aquel rostro de facciones finas y delicadas, aquel aire de dignidad y de nobleza le parecían estraños en una campesina; sus modales no eran los estudiados ademanes de una coqueta, sino la natural distincion del que ha nacido en buena cuna.

Aquel NUNCA, pronunciado con una energía sublime, le reveló la entereza y la dignidad de su alma, que aun con la perspectiva de una miseria inminente, no se doblegaba ante la seducccion, ni aceptaba las riquezas y el bienestar que la ofrecian.

—Cuando su padre no trabaje, ¿qué será de Vd.? insistió el marqués.

—¡Dios nos amparará!.... dijo María con énfasis, retirando bruscamente por segunda vez la mano que pretendia asir el jóven.

—Prepara un par de vasos; viene calentita, echando espuma: esto sí que no lo tienen ustedes en Madrid.... exclamó Macrina presentándose con la jarra llena de espumante y sabrosa leche.

María, dejando la costura en el cesto, se

levantó, fué á la sala y volvió con dos vasos de cristal en una bandeja.

—Seguramente, señora, que no hallaré en la córte ni en ninguna parte lo que hallo aquí, suspiró el marqués con abatimiento.

María; tomando la jarra de manos de su madre, llenó los vasos y se los presentó.

—¡Ah! no se moleste Vd., dijo el marqués aproximándose á tomar la bandeja, porque la mano de María temblaba, y sin este auxilio se le hubiera caído al suelo.

La miró con espresion de profundo cariño, y vió que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Si Vd. quiere iré á Tórtola en un instante á traer unos bizcochos, dijo Macrina.

—Con mucho gusto, contestó el marqués, que deseaba quedarse solo con María; esta le dirigió una mirada ansiosa.

—¡Oh! se enfriará la leche, dijo, y además está lejos.

—¡Quiá! en dos minutos estoy aquí; ya verás.

Y diciendo esto Macrina se puso el pañuelo en la cabeza y echó á correr con la escasa ligereza que le permitian sus piernas de sesenta abriles.

María en igual de permanecer en la casa, se salió á la puerta y se sentó en el poyo.

El marqués fué á ocupar un asiento á su lado.

—Siento mucho, caballero, que haya Vd. buscado ese pretexto de alejar á mi madre con objeto, sin duda, de continuar una conversacion que me desagrada; y le prevengo á Vd. que toda insistencia me será enojosa.

—¡Ah! ¡por piedad!... escúcheme y no tema nada de mí; crea Vd. que la amotanto como la respeto; y si mi presencia la incomoda, me marcharé.

Estas palabras humildes, que nacian verdaderamente de un sentimiento de respeto, conmovieron á la jóven, y mucho mas el acento dulce y tierno con que fueron pronunciadas.

—Pero reflexione Vd. que me hace sufrir, y que me hará perder, si insiste en sus visitas, el aprecio de estas buenas gentes de Tórtola, que hoy me estiman mucho, porque me creen honesta y virtuosa; y aunque yo siempre lo sea, su insistencia me desconceptuará sin duda alguna.

—¿Es decir que desea Vd. que me marche?

—Francamente, se lo rogaria si no lo llevase á mal; repuso la jóven con los ojos bajos y deshilando con impaciencia las cintas del delantal.

De repente apareció Manolo por detrás de la casa, exclamando con acento jubiloso:

—¡María, mi querida María!... he visto á tu madre dirigirse al pueblo, y vengo á traerte este cordero blanco; mira que hermoso es.

Se detuvo sorprendido al ver que no estaba

sola, y medio confuso se quedó sin saber si adelantarse ó retroceder.

—Continúe Vd., continúe Vd. su ofrecimiento, dijo el marqués levantándose.

—Creí que estaba sola María, balbuceó.

—¿Es Vd. su novio?

—¡Ah! si ella quisiera, crea Vd. que me alegraría mucho ser su marido; dijo el mancebo, acercándose ya con menos timidez y presentando á la jóven un cordero blanco como la nieve.

Ella sin decir palabra le puso en su falda y le acarició maquinalmente.

El marqués debió sentir en su alma el agudo dardo de los celos, porque se puso densamente pálido, y miró á la jóven con profunda ansiedad.

—Mira, Manolo, dijo esta, mi padre no viene, y este caballero le aguardaba para que le acompañase á Guadalajara, porque se ha extraviado en el monte y no sabe el camino: ¿quieres ir tú?

—Con el alma y la vida; eso y mucho mas que tú me mandes, repuso el labrador, que deseaba encontrar ocasiones en que poder complacer á la mujer que amaba.

—¡Oh! me bastará con que me indique el camino, murmuró el marqués comprendiendo que le despedían, y que no valían de nada su

posicion y sus riquezas para rendir á quella fortaleza inespugnable.

—Buenas tardes, señor marqués, dijo ella; no importa que llegue hasta Guadalajara; es casi de noche y pudiera suceder á Vd. alguna desgracia si se estraviase de nuevo.

—Muchas gracias.... María, hágame Vd. el favor de decir á su padre que le aguardo mañana ; tengo que hablarle.

—Está bien, señor , no faltará.

El marqués montó en el caballo que ya Manolo tenia del diestro, y despidiéndose de María con una mirada de supremo dolor, se dirigió hácia el olivar para internarse en el camino, llevando en el corazon una espina muy punzadora , la de los celos.

---

---

#### CAPÍTULO IV.

##### Cambio inesperado.

La noche que siguió á la escena que acabamos de referir fué muy cruel para María, y mucho mas para el marqués; ambos habian sentido por primera vez ese afecto purísimo que tiene su raíz en el alma; ese sentimiento misterioso y dulce que inunda los sentidos de felicidad; y que sabe conmover las fibras mas ocultas del corazón.

María, no pudiendo conciliar el sueño, se levantó dos veces de su modesto lecho y se puso á la ventana, pretendiendo que el aire húmedo de la noche refrescara su dolorida cabeza; ¡pero en vano! la pobre niña luchaba con el sentimiento que le habia inspirado aquel hombre tan gallardo y tan arrogante, y con las ideas de inta-

chable honradez que le inculcaron sus padres.

En una de las veces que se levantó la sintió Macrina.

—¿Qué haces hija? ¿estás mala? exclamó desde su lecho, que estaba á la parte opuesta de la sala donde se hallaba el del jóven.

—No es nada, contestó esta; sentí ruido y me levanté á ver si estaba la ventana bien cerrada.

—¿Y cómo está la noche?

—Llueve copiosamente.

—¡Ay! ¡y tu padre que se ha quedado en Guadalajara!

—¿Para qué le querria el señor marqués?

—¡Quién sabe!... ya me va poniendo en cuidado su ausencia.

—Pretenderá detenerle para que yo transija con sus deseos; pero en vano; nunca consentiré ser juguete de los cortesanos.

La lluvia continuaba cayendo, porque se sentia el monótono ruido de las anchas gotas al caer sobre las hojas de la parra. María se recogió de nuevo, y fuerte con la conciencia de su deber, se quedó dormida para soñar con el marqués, cuya imágen no podia arrancar de su corazon.

Antes de amanecer, llamaron á la puerta; Macrina se levantó, fué á abrir creyendo seria su marido, y se encontró con un hombre que

provisto ya de su bandolera de guarda y su escopeta la dijo:

—Soy el nuevo guarda del duque, y vengo á decir á Vd. que tenga la bondad de dejar libre la casa lo antes que pueda, porque me voy á traer á la familia.

—¿Pues y mi marido? exclamó Macrina aterrada.

—Parece que le han dado un destino mejor que este en una quinta cerca de Madrid, y se fué anoche para tomar posesion; me dijo que no tuvieran Vds. cuidado ninguno y que se vayan preparando para el viaje.

—¡Virgen del Cármen! ¡qué sorpresa! Pues á mí no me agrada variar, acostumbrada de toda la vida á estar aquí.

—Y si va Vd. á mejorar, buena mujer, ¿de qué se queja? ¡ojalá me lo hubieran dado á mí! En cambio de esta casilla en el campo va Vd. á tener un palacio y jardines y fuentes; vaya poco hermoso que es aquello; ya estuve yo allí una vez de peon.

—¿Pero qué destino lleva mi marido?

—Creo que mayordomo de la quinta; como el señor Mauricio es tan hombre de bien, y se ha portado siempre con honradez en la casa, ha querido el señor duque recompensarle haciendo que le den ese destino en casa del marqués del Torrente.

—¡Ah! ¡el marqués! ¿Luego vamos á servir á otro amo?

—Así parece, buena mujer; dijo el nuevo guarda entrando familiarmente en la cocina y sentándose en un escaño, disponiendo ya como en su casa con entera libertad.

—Hija, vístete pronto, que tenemos novedades, dijo Macrina entrando en la sala.

—Todo lo he oído, madre, contestó la jóven, y me temo alguna desgracia; porque esto es una intriga del señor marqués.

—Sea lo que quiera, hija, si no nos conviene le diremos que no, y santas pascuas: donde ganar honradamente un pedazo de pan no nos ha de faltar, conque sea lo que Dios quiera.

María calló, Macrina se puso á hacer todos los preparativos de viaje, empaquetando y arreglando los diferentes efectos de que se componia su pobre ajuar.

La pobre mujer, aunque aparentaba otra cosa, en el fondo de su alma se alegraba de aquella impensada traslacion, ella no tenia malos sentimientos, ni conocia la delicadeza de las personas de buena educacion, y como se veia vieja ya, y viejo su marido, no podia menos de alegrarse que su hija fuese pretendida por un gran señor, suponiendo, y con fundamento, que de esta manera nunca les faltaria que comer y podrian pasar la vejez descansadamente.

Se imaginaba que siendo María tan bella y tan virtuosa, no tendría inconveniente el marqués en casarse con ella: ignoraba la infeliz que el orgullo y la diferencia de clases impiden semejantes alianzas.

Esta convicción la hacía alegrarse interiormente del nuevo destino de su marido, que les pondría más en contacto con el marqués.

A María, con más talento y natural despejo que su madre no se le ocultaba que iba á sufrir una persecución horrible, y antes de marchar quiso prepararse fortaleciéndose con algunos medios de defensa.

Al efecto se marchó al pueblo con objeto de despedirse de sus amigas, prometiendo á las más íntimas hacerlas pronto una visita; luego como por casualidad pasó por la calle en que vivía Manolo, su madre estaba en la puerta haciendo calceta.

—Adios, mujer, ¿dónde vas tan deprisa? la dijo; parece que ya no te quieres hablar con los amigos. Ya se vé, ¡cómo subo, subo!... de pregonero á verdugo, y el orgullo va creciendo á medida que van subiendo.

—¿Por qué dice Vd. eso, tía Chiripa? Como Vd. no me quiere bien, esa es la causa de que yo me pasara de largo; y no sé qué tenga esto que ver con el orgullo.

—Lo digo, porque como desde guardesa te

han hecho mayordoma, segun dicen malas lenguas, no seria estraño que te hubieras envane- cido. Las buenas mozas teneis esas ventajas, os protegen los señores, y aquellos que la otra tarde querian tomar parte en el baile, me parece á mí que se fueron con algunas ganillas de lle- varte por allá; pero ya lo han conseguido.

—Como Vd. se lo dice todo, tia Chiripa, nada tengo que añadir, contestó algo picada María, y es necesario que sepa Vd., señora, que si á mi padre le han hecho mayordomo por la pro- teccion del señor duque, á quien ha servido cuarenta años fielmente, no tiene eso nada que ver con que yo sea buena moza ni deje de serlo. Si muy honrada me marchó de Tórtola, con la misma honradez volveré á ella, si Dios quiere; porque este es el pueblo de mis padres y el mio y nos será muy grato morir donde hemos na- cido.

—Ni tú eres de Tórtola, ni tampoco hija de Mauricio; Dios sabe si te habrán traído de la inclusa.

—¡Qué dice Vd!... esas sí que son calumnias de su mala lengua.

—¡Vaya! ¡por supuesto, calumnias!... ¡cómo que por eso no te quiero yo para mujer de mi hijo!... Puedes pedir á tu padre la fé de bautis- mo, y es seguro que no te la entregará, á fé de Chiripa.

—Como tiene Vd. misterios hasta en el nombre se le figura que en todas partes cuecen habas. ¡Ea! que Vd. lo pase bien; maldita la gracia que me hace su conversacion siempre satírica y mordaz; y si Vd. no me quiere para su hijo, no se ensanche, que tampoco le quiero yo á él, porque no me gustan las gentes de Chiripa.

—¡Miren la descarada!... exclamó la vieja, viendo que María se marchaba muy serena. No ha tomado poco orgullo la guardesilla; apostaría á que se la figura que va á pretenderla algun lechuguino de Madrid.

Antes de pasar adelante, esplicaremos la causa de conocerse en Tórtola á la madre de Manolo por el apodo de Chiripa. Ella era viuda, habiendo heredado el nombre de su marido, como heredó bastantes fincas y una casa muy regular.

Segun decian en el pueblo, el tio Chiripa antes de llamarse así era muy pobre, y se mantenía de comprar las heces de las tinajas de aceite, que le vendian en las casas ricas, y que luego él procuraba aclararlas, vendiéndolas á su vez con algun producto. En esta industria estuvo muchos años, hasta que de repente le vieron comprar casa, olivares, tierras y mulas; haciéndose en poco tiempo uno de los labradores mas acomodados de Tórtola.

Nadie sabia el origen de esta impensada fortuna; pero como en este mundo á la corta ó á la larga todo viene á saberse, empezó á correr la voz en el pueblo de que entre las heces de la última tinaja de aceite que habia comprado, se encontró ocultas una gran porcion de onzas de oro y alhajas de valor; sin duda escondidas allí por algun viejo avaro temeroso de que se las robasen, ó por sustraerlas á la rapacidad de los franceses, que poco antes habian invadido la España.

Esta voz corrió como muy válida, él no la desmintió ni tampoco la afirmó, por lo cual nada pudo probarle la familia en cuya casa se atribuia el encuentro.

De manera que por esta chiripa se hizo rico y se quedó con tal apodo, que hasta hoy están llevando sus descendientes.

Cuando María llegó á su casa iba llorando.

—Madre, me han dicho que soy inclusera, ¿es verdad esto? exclamó.

—Siempre habrá sido la parlanchina de la tia Chiripa la que te haya ido con esos cuentos; si voy á su casa la saco la lengua, dijo con mal humor Macrina, que habia procurado siempre ocultar á María su origen.

—¿Pero es cierto, madre?

—¡Que ha de ser!... son chismes de esa bruja.

La jóven pareció quedar un poco mas tranquila, aunque no del todo convencida.

—Ayúdame á concluir de arreglar todo esto.

—¡Tan pronto! exclamó María.

—¡Toma! como que ya ha mandado tu padre por nosotros. Ahí están ya los carros preparados para cargar los muebles, y con encargo espreso del marqués para que no nos detengamos ni un minuto. Y mira si nos trata con poca etiqueta, que ha enviado un carri-coche con cuatro mulas llenas de moños y cascabeles á fin de que no nos cale la lluvia y vayamos con toda comodidad.

—¡Oh! muy previsor está nuestro nuevo amo, exclamó María; quiera Dios que no tengamos que lamentar algun dia este exceso de atencion; sin duda detiene allí á mi padre para obligarnos á ir; en fin iremos y cúmplase la voluntad de Dios.

—¿Te has despedido de Manolo?

—No señora; con esa idea fuí al pueblo y no le ví; pero ¡calla! si no me engaño siento su voz; voy á verle.

—¡Pobrecillo!..., lo va á sentir, dijo Mar-  
crina.

—María salió á la cocina, y en efecto, allí estaba Manolo hablando con el guarda que iba á sustituir á Mauricio.

—¿Te vas?... la dijo con tristeza saliéndose

á la puerta para que no se enterasen de su conversacion.

—Así parece, ¿quien te lo ha dicho?

—Por todo el pueblo se sabe ya; apenas llegó á mis oídos, cuando he venido á informarme de tan triste nueva.

—Me alegro que hayas venido, Manolo, así tendré el gusto de despedirme de ti.

—¿Pero no me darás ni una esperanza? ¿Quieres que te vaya á ver?

María bajó los ojos: le dolía ver la profunda pena que se pintaba en el rostro franco y bonachon del pobre muchacho.

—¿No me respondes? ¡hace tanto tiempo que suspiro por conseguir tu cariño!...

—Ya lo sé, Manuel, y puedes creer que te aprecio con toda mi alma.

—¿Pero consentirás en ser mi esposa? Te iré á buscar donde quiera que vayas.

—¡Ah! yo no me casaré nunca sino con el hombre que me inspire una pasión profunda.

—Y yo solo te inspiro desden.

—Te quiero como á un hermano; y te prometo que si con la ausencia se robustece este afecto, si conozco que puedo hacerte feliz, te enviaré á llamar.

—¿De veras? ¡ay! ¡que triste esperanza!... Si viéndome todos los días no puedes amarme, ¿qué será estando ausente?

—¡Quién sabe si ahora me hará tu misma madre cobrarte aversion!... ella me desprecia, y esto francamente no puede menos de irritarme.

—El día que me llames te juro que irá mi misma madre á pedir tu mano y no te ofenderá.

—Gracias, amigo mio; te prometo que nunca podré olvidar tu noble comportamiento.

El pobre muchacho, que tenia un corazón bellissimo, estuvo con ellas hasta que concluyeron sus preparativos y las vió marchar.

—Iremos por el pueblo para que nos vean en coche, y rabie la envidiosa de la tía Chiripa, dijo la vieja.

—No, madre mia, vámonos por este camino; los alardes de vanidad perjudican mas al vanidoso que al envidioso, dijo María subiendo al carruaje.

—Yo no sé dónde ha aprendido esta chica tantas lilailas; sabe mas que un libro.... y el caso es que siempre tiene razon, repuso Macrina encogiéndose de hombros.

Poco despues perdian de vista el famoso olivar: al pasar por la cruz de piedra, mandó María detener el coche, y apeándose, fué á ponerse de rodillas ante aquel símbolo del cristianismo.

Oró algunos minutos con fervor, luego enjugándose una lágrima, que le arrancaba la

dolorosa partida de unos sitios que amaba tanto, volvió á subir al coche.

El pesado vehículo se alejó á lentos pasos.

Manolo, que las habia seguido de lejos, llegó y se arrodilló tambien delante de la cruz.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó levantandolos ojos al cielo, ¡hacedla dichosa!

Muchas horas pasó en aquel sitio en donde ella acostumbraba á ir todos los dias á rezar.

Era ya completamente de noche, y aun creia distinguir entre las sombras del crepúsculo el coche que se llevaba el ídolo de su corazon.

## CAPÍTULO V.

### La familia del marqués.

En las inmediaciones de un pueblecito, situado á corta distancia de Madrid, tenia el marqués del Torrente su magnífica quinta, que era una inmensa y deliciosa posesion, donde pasaba casi todo el año, esceptuando los meses rigurosos de invierno; es decir, la anciana marquesa preferia la tranquilidad del campo, pero el marqués, joven y soltero, pasaba en la corte largas y continuas temporadas.

En la estacion á que nos referimos, la primavera, tenian las alamedas y los jardines muchos encantos, y sea por esto ó porque la familia del conde de Silo estaba de temporada en su palacio de Quintanilla, que así llamaremos al pueblo, lo cierto es que la marquesa viuda se veia rodeada de sus dos hijos, Sebas-

tian, que era el marqués, y Enrique el mas pequeño.

La quinta presentaba un golpe de vista admirable; rodeada de frondosísimas alamedas y jardines, se destacaba en el centro como una blanca paloma en un campo de verdura; tenia dos pisos, bajo y principal; en el primero tenian la capilla, salones de recibo, las habitaciones de la marquesa y de Enrique y el comedor. El segundo nuevamente decorado y amueblado, segun el gusto moderno, estaba dispuesto para la jóven y bella Ada, hija del conde de Silo, que estaba prometida al marqués del Torrente, y cuya boda debia efectuarse en seguida que la jóven cumplierse los quince años, y le faltaba ya muy poco. En el mismo piso principal tenia el marquesito su cuarto, con balcones á los jardines y una escalera secreta que comunicaba con unos sótanos que tenian salida al campo y á la huerta.

Todo era alegre y risueño en esta feliz mansion, donde se albergaba una señora angelical, y dos jovenes igualmente nobles y pun-donorosos.

Enrique era militar y acababa de llegar á la quinta con una licencia de seis meses; hacia seis años que no habia visitado á su familia.

Era por la tarde; un sol diáfano y puro, sol de primavera, brillaba en el hermoso azul del

cielo, y penetrando en el saloncito de la marquesa por las entreabiertas persianas iluminaba un bello cuadro. Esta señora, que tendría unos sesenta años, estaba sentada delante de un velador y se entretenía en hacer una labor de aguja. Iba vestida de negro y llevaba una gorra de encaje negra también, con lazos lila, por cuyos lados se escapaban los blancos tirabuzones de su cabellera, bastante abundante, aunque completamente cana. Su fisonomía bondadosa y dulce, tenía un encanto inesplicable, y sobre todo sus negros ojos, donde se leía el talento y la viveza, demostraban la bondad de alma y toda la felicidad que disfrutaba la anciana marquesa.

Así como hay criaturas muy desgraciadas en la tierra, también las hay muy felices, y esta era una; el único pesar de su vida fué el fallecimiento de su marido que la adoraba; pero la quedaron dos hijos, modelos de caballerosidad y de nobleza que jamás la habían dado un disgusto, y que la obedecían sin replicar hasta en sus menores caprichos.

—¿Has descansado, hijo mío? dijo á Enrique, que se presentó en el saloncito y fué á depositar un beso en la frente de su madre.

—Perfectamente, mi querida mamá; me levanté algo tarde y después escribí algunas cartas, por eso no he tenido el gusto de almor-

zar con Vd. y con mi buen hermano; y á propósito, ¿dónde se encuentra?

—Habrá ido á ver á su prometida; como están ahora en Quintanilla: á tu hermano se le va el dia en ir y venir, dijo la marquesa.

—¿Con que al fin se hará la boda? ¡Ah! tengo muchos deseos de ver á la encantadora Ada: cuando yo me marché al ejército hace seis años era una niña preciosa.

—Nueve años tendria entonces escasos; ahora va á cumplir quince, y en seguida que los cumpla se casaran.

—Y la condesa, ¿se conserva bien?

—Muy delicada y siempre triste: la pobre señora desde que les ocurrió aquella desgracia cuando iban desterrados á Francia no ha vuelto á tener momento de felicidad.

—¡Pobre señora! me voy á verla, de seguro que no me conoce.

—Hoy los he convidado á comer y no tardarán en venir; seguramente que habrá ido tu hermano á buscarlos.

—¡Ah! no, madre mia, Sebastian está allá abajo, le estoy viendo desde aquí atravesar aquella calle de tilos y va con una jóven muy esbelta; ¿si será Ada? dijo Enrique asomándose á la ventana.

—Puede ser, dijo la marquesa.

—¡Ah! voy á su encuentro, exclamó el jóven.

tomando el sombrero que habia dejado sobre el velador, y dirigiéndose en seguimiento de su hermano.

Enrique era un bello jóven y enteramente diferente al marqués en figura y en carácter; tenia estatura regular, mas bien baja que alta, delgado y de maneras distinguidas, con mucha soltura y marcialidad; tez morena, barba y cabellos negros, y ojos negros tambien; pero grandes, rasgados, llenos de dulzura y sentimiento.

Debia ser su alma muy bella, por la apacible calma de su fisonomia, y por la sonrisa siempre plácida y benévola que se dibujaba en sus labios sombreados por un poblado y sedoso bigote.

El marqués, por el contrario, era de estatura elevada y elegante, cabello castaño y ojos pardos, grandes y hermosos, que relampagueaban á menudo, encendiéndose á la menor contrariedad, porque tenia un genio fuerte y altivo, aunque su corazon era bueno y generoso; pero acostumbrado á los agasajos de todos, por ser el primogénito y haber permanecido siempre en la casa mientras su hermano seguia la carrera militar, se habia dejado dominar por sus impresiones, y no acostumbraba á ceder nunca en sus caprichos ó en sus deseos.

Ambos hermanos se amaban tiernamente,

porque habiendo vivido separados, no habían tenido motivos de discordia, y su buena armonía encantaba á su madre, que los queria á los dos con igual estremo.

El marqués estaba efectivamente en el jardín; pero no era Ada la que le acompañaba, sino María, la hija de Mauricio.

Estaba esta entretenida en formar un ramo, que llevaba todos los días al cuarto de la marquesa; con el delantal lleno de flores se habia sentado en un banco y las iba colocando. El marqués estaba de pié enfrente de ella, con los brazos cruzados, y mirándola con una espresion sombría y dolorosa al propio tiempo.

—¿Conque te empeñas en no corresponderme? la decia.

—Por piedad, señor marqués; yo suplico á Vd. que no vuelva á pensar en eso; le aprecio á Vd. con toda mi alma, estoy muy agradecida á sus bondades y á las atenciones que he debido á su señora madre, y de ningun modo aceptaré las proposiciones de Vd. aunque supiera morir mañana de miseria y de pesadumbre.

—Oh, tú quieres volverme loco, y te aseguro María que no respondo de mí.

—¿Para qué nos ha traído Vd. á esta quinta? Allí en el monte y lejos de mí, hubiera usted conseguido olvidarme, y no me haria sufrir

tanto como sufro, dijo María con los ojos húmedos.

—¿Vas á llorar? exclamó el marqués sentándose á su lado.

—Le aseguro á Vd. que es bien grande mi tormento; desde que vinimos estoy continuamente escuchando sus declaraciones, y no puedo conseguir que desista de su empeño.

—Es que no puedo, María; es que te amo con todo mi corazon; es que yo no sé por qué especie de mágia te has introducido en mi alma; y á todas horas te veo y donde quiera que me encuentre, aunque sea rodeado de las mayores diversiones, siempre estoy pensando en tí.

—Bien; me marcharé de la quinta, me iré á Tórtola, Vd. debe casarse en breve, y yo no puedo permanecer aquí; por ningun concepto consentiré que Vd. falte á sus deberes.

—¡María!... no me hables por Dios de marcharte, ni me hables de Ada, ni de mi malhadado casamiento.

—Por fuerza será que se efectúe....

—Jamás; yo no puedo amar á ninguna mujer mas que á tí.

—¡Eso es una locura!... ¡un empeño vano!...

—Será lo que quieras; pero te lo juro á fé de mi nombre, no me casaré con Ada.

En los ojos de María brilló un relámpago;

su corazón se estremeció y tuvo necesidad de ocultar la cara entre las manos; tal era su emoción. Amaba al marqués con toda su alma y tenía que esconder aquel amor en lo más profundo de su pecho. ¡Ay! la pobre niña no quería ni aun dejárselo adivinar al hombre que se lo inspiraba, y que tan loco estaba por ella.

Después de un instante de silencio, María levantó la cabeza y dijo:

—Bien; si Vd. se empeña en no casarse cuando ya está comprometido y arreglada la boda, yo me marcharé de la quinta, me iré sola por ahí donde Dios me dé á entender, y no volverán ni Vd. ni mis padres á saber más de mí.

—¿Y por qué, ingrata? ¿por qué nos abandonarás de esa manera? ¿Cuál es mi delito?

—Pretender un imposible.

—¿Y por qué es imposible? ¿por qué se opone tu voluntad, por qué no me amas y te gozas viéndome sufrir de un modo horrible?...

—Yo no puedo amar á Vd... ni debo... ni quiero amarle.

—¡Sebastian!... ¡Sebastian!... ¿Dónde estás, hermano? muéstrame á tu prometida, la hermosa Ada; dijo Enrique penetrando por entre el ramaje hasta el sitio en que se hallaban los dos jóvenes.

—Ahora iremos á Quintanilla, Enrique, dijo

el marqués; estoy esperando á que María concluya de hacer este ramo.

—¿Para llevársele á Ada? preguntó Enrique.

—Sí señor, se apresuró á contestar María; el señor marqués me estaba diciendo que le concluyese pronto, porque tiene deseos de llevar este recuerdo de amor á su prometida; pero ya está, héle aquí, y bien hermoso que ha salido; elegí á propósito las flores mas bellas.

—Efectivamente es precioso, dijo Enrique.

—Tómele Vd., dijo María levántandose y sacudiendo las hojas y las flores sobrantes que habian quedado en su delantal.

—Llévasele tú, Enrique, le agradecerá mucho de tu mano; repuso el marqués.

—Ahora voy á buscar mas flores, y haré otro para la señora marquesa; exclamó María separándose de los dos hermanos.

—¿Quién es esa encantadora joven? dijo Enrique.

—Una pobre niña, hija del guarda mayor de la quinta; ¿verdad que es muy bella?

—¡Oh! ¡admirable!... no he visto criatura mas divina; exclamó Enrique con entusiasmo.

—Vamos á ver si dices lo mismo de Ada, dijo el marqués enlazando su brazo al de su hermano, y quedándose pensativo mientras se dirigian á Quintanilla.



---

---

## CAPÍTULO VI.

Ada.

El conde de Silo era un caballero anciano que nuestras lectoras vieron llegar con el marqués al olivar del duque en Tórtola; pero como entonces no tuvimos tiempo de darle á conocer, lo haremos ahora, presentándole de nuevo en el palacio de sus antepasados donde se hallaba en un gran salon de artesonado techo y magníficas molduras en las ventanas y paredes.

Acababa de llegar del campo y habia ido á sentarse en un gran sillón; rodeábanle tres ó cuatro galgos que eran sus compañeros inseparables.

El salon estaba decorado con antiquísimos muebles que habian servido á tres ó cuatro generaciones, y que demostraban la opulencia y antigüedad de su ilustre casa.

Poseia el conde una figura agradable, hermosa sin duda en su juventud, pero que los años habian ido marchitando, á pesar de que se conservaba en muy buen estado de salud, y tan ágil y fuerte como un muchacho.

Su continua ocupacion era la caza; de nada mas entendia, ni quería entender, porque le eran enojosos los libros y cualquiera otra clase de distraccion. Descuidaba completamente en la condesa, que con una prudencia y discrecion admirable atendia á todos los negocios de la casa: él la dejaba hacer cuanto queria, únicamente no toleraba variaciones de ninguna clase en su salon de recibo, en su dormitorio y en su despacho, que estaban decorados de igual modo que cien años antes, cuando su primer abuelo compró el palacio de Quintanilla y fué á establecerse en él.

A la derecha del salon tenia el dormitorio, que comunicaba por una puerta con las habitaciones de la condesa; á la izquierda el despacho, que tenia puerta de comunicacion con la biblioteca, la que visitaba todos los dias el conde; pero no para examinar los interesantes libros y manuscritos que allí se guardaban, sino para ganar terreno, bajando mas pronto á la perrera, que estaba situada en el piso bajo inmediato al jardín.

Las habitaciones de Ada y de la condesa

formaban un contraste notable con las del conde: en ellas habia demostrado el buen gusto y la elegancia, que no todos los génios son iguales, y mientras unos se apegan á las rancias preocupaciones de los antiguos, otros son apasionados de todo lo nuevo, de todo lo fresco y gracioso. En este caso se hallaban de diferente manera, y sin embargo armonizaban perfectamente, porque la condesa era una mujer de mucho talento, y toda su vida procuró respetar las preocupaciones de su marido, para que él respetara las suyas. y en efecto, cada uno seguia sus ideas, viviendo en paz y sin conocer los altercados tan frecuentes entre personas de diferente genio.

—La señora condesa y la señorita han almorzado ya; como era tan tarde.... dijo un criado que se presentó á despojar al conde de sus chismes de caza.

—Es verdad, me entretuve demasiado; pero no importa, sírveme aquí el almuerzo, ¿ellas irán á dar un paseo, eh?

—Sin duda; ya mandaron enganchar el carruaje; pero acaban de entrar el señor marqués y otro caballero.

—¡Ah! será su hermano; vé y diles que no se marchen sin verme, que tengo ganas de abrazar á ese bizarro militar, y traeme pronto el almuerzo, porque el ejercicio tiene para mí el

don inapreciable de despertarme un apetito voraz.

—Inmediatamente será servido el señor conde, dijo el criado saliendo del salon.

Mientras el noble señor satisfacía su apetito, pasaremos al cuarto de la condesa.

Era esta señora hermosa todavia á pesar de sus cuarenta años y de la dulce melancolía ya natural en ella, que se reflejaba en sus facciones, demostrando que abrigaba en su corazon una de esas penas íntimas y amargas que no cura el tiempo, y que tienen el poder de arrebatár la alegría, y de trastornar en triste y meditabundo el carácter mas espresivo y alegre.

Estaba en un precioso saloncito, tapizado de raso azul con flores blancas; las colgaduras y la sillería eran de igual tela, y las maderas de las sillas y las mesas doradas. Varios cuadros antiguos de muchísimo mérito adornaban las paredes, estando muchos de ellos nuevamente restaurados, y alternando con otros modernos, lo que demostraba el gusto esquisito de la condesa por las artes y la proteccion que concedia á los artistas, enriqueciendo cada dia su magnífica coleccion con un nuevo cuadro.

La condesa estaba sentada en un divan y tenia un libro en la mano cuando le anunciaron á los dos hermanos.

Poco despues se hallaban estos en su pre-

sencia, y eran recibidos con el mas afectuoso cariño. Enrique sostenia toda la conversacion.

—¿Y Ada? tengo muchos deseos de verla, dijo este, despues que hubo rodado la conversacion sobre varios temas.

—Está vistiéndose ¡ah! no sabe Vd. qué caprichosa es, lo mismo que cuando tenia nueve años; cada dia le gusta estrenar un vestido y siempre está renovando los muebles y adornos de su cuarto; tiene una aficion increible por todo lo nuevo, y en esto no se parece á su padre, que duerme todavía en la cama de columnas salomónicas que perteneció al primer conde de Silo, su abuelo.

—Pero Ada habrá estudiado en la escuela de Vd.

—Es que yo ni admito los adelantos modernos ni las preocupaciones antiguas; de unos y de otras escojo lo mejor y lo acomodo á mi gusto, haciendo á veces amalgamas muy bellas y muy convenientes; pero Ada, no señor, todo lo que usó ayer lo encuentra feo hoy; únicamente no comprende en su extraño capricho á las personas, porque á nosotros nos quiere cada dia con mas delirio, á su madre de Vd. igualmente y á los criados viejos los tiene toda clase de consideraciones, y por nada del mundo consentiria que fueran despedidos para poner jóvenes en su lugar.

—Estraño carácter; siempre fué una criatura encantadora; me parece estarla viendo correr por el jardin tras las mariposas, y alcanzando nidos de golondrinas para ponerlas una cinta, que era todo su afan.

—Igual sigue; siempre á vueltas con las golondrinas, queriendo saber si han venido otra vez las del año último y cuántas se quedan por allá. ¿Pero qué es eso, marqués? ¿está usted triste? Me parece hallarle hoy muy cabizbajo.

—Ciertamente, señora, me encuentro algo desazonado; dijo el marqués con una forzada sonrisa.

—Aquí viene Ada, siempre cantando.

En efecto, se escuchaba una voz pura y argentina que tarareaba una cancion del país; poco despues entró corriendo en el salon una preciosa niña de pequeña estatura, pero admirablemente hermosa; parecia un ángel con su cabellera rubia y ojos azules de un azul purísimo, y en los que se reflejaba la espresion de un alma cándida y completamente feliz. Su alegría era tan expansiva, tan natural que encantaba; se conocia que la tristeza no habia penetrado jamás en su corazon.

—¡Ah! mi querido futuro, exclamó riendo como una loca, tenemos que reñir; hace dos días que no se ha dignado Vd. venir á ponerse á mis piés, y esto es imperdonable; mas ¡ah!...

perdonen Vds. mi ligereza, no creí que hubiese aquí personas estrañas; pero lo dicho, dicho.

—Hija mia, si es Enrique; que, ¿no le conoces? dijo la condesa.

—Verdaderamente que no le conocia, y ¿cómo está Vd., amigo mio? ¿cuándo ha venido? ¿ya no nos dejará hasta despues de la boda, eh?

Todas estas preguntas las hizo Ada con su natural viveza, fijando en Enrique sus hermosos ojos con una espresion de asombro y estrañeza imposible de describir.

—Señorita, traigo licencia para seis meses, y tendré un placer en asistir al enlace de usted con mi hermano, siendo para mí una felicidad el que me permita ser padrino.

El marqués, que escuchaba con disgusto esta conversacion, se habia acercado al balcon, y miraba atentamente la gente que pasaba por la calle.

—Por mi parte, con mucho gusto; no sé qué dirá Sebastian, contestó la jóven con ironía encogiéndose de hombros; vea Vd. qué modo tiene de disculparse por su estraño olvido, por su incalificable indiferencia, francamente estoy muy incomodada con él.

—No lo crec yo así; y sino dígalo este ramo que estaba haciendo para Vd. hace un momento cuando fuí á rogarle que me acompañase hasta aquí.

—¡Para mí! ¿y lo hacia él? No lo creo.

—A fé de mi nombre, dijo Enrique presentándole el ramillete que habia hecho María.

—Muchas gracias, á Vd. se lo agradezco, y prometo conservarle como recuerdo de su primera visita; á su hermano no, porque jamás ha tenido una atencion semejante, ni una sola flor conservo suya.

Un criado se presentó á decir que el conde los esperaba en su habitacion.

—Sí, vayan Vds. á ver á papá, y luego nos acompañarán á paseo, ¿no es verdad? dijo Áda.

—Con mucho gusto, contestó Enrique.

—Voy á buscar mi sombrero, ¿quieres que te traiga el tuyo, mamá?

—No, hija mia, iré yo por él, pues tengo que dar algunas órdenes á mi doncella: por aquí, señores, pueden Vds. entrar en la habitacion de mi marido, dijo la condesa abriendo la puerta de comunicacion.

El marqués se inclinó ligeramente y pasó sin mirar á su prometida, ni volver la cabeza; Enrique que tenia los ojos fijos en ella, vió contraerse su lindo rostro por una marcadísima expresion de disgusto, que fué una ráfaga ligera, porque al momento sonrió con él, empezando á mirarle con la mas viva simpatía.

La condesa los saludó y cerró la puerta.

—¡Oh! ¡qué preciosa niña! exclamó Enrique.

—¿Te gusta mas que la hija del guarda?

—¡Qué tiene que ver!... ¡esta criatura es un ángel!

—¡Sí! ¡pues hazle el amor!...

—¿Estás loco?

—No por cierto; es que me disgustan sus vizezas y su genio caprichoso. Si la amas te la cedo sin pena y me harás feliz.

—No digas eso, ni en broma; tu compromiso con ella es ya una cosa de familia, acordada por nuestro padre antes de morir, y por ningun pretexto debes, ni puedes deshacer tu enlace.

—¡Ah! seríamos infelices todos, dijo el marqués entrando en el salon donde el conde de Silo les aguardaba rodeado de sus perros, como de una guardia de honor.

---



---

---

## CAPÍTULO VII.

### Desgracia.

La misma tarde que tuvo lugar esta conversacion comieron las dos familias reunidas en la quinta de la marquesa; concluida la comida salieron á pasear á los jardines.

La marquesa y la condesa iban hablando de sus hijos, y poniendo cada cual en las nubes las buenas condiciones que les adornaban.

El marqués sin hacer caso de Ada, se acercó al conde y empezó á hablarle de caza, conversacion que tenia mucho atractivo para el anciano, y única que sabia sostener largo tiempo.

Ada, furiosa al ver la indiferencia del marqués, se cogió del brazo de Enrique y le dijo:

—Vamos por esta calle de rosales.

El jardin era inmenso y se prolongaba en unas grandes alamedas, separadas nada mas

que por una ligera verja; de manera que las tres parejas se fueron sin advertirlo cada una por su lado.

Ada llegó con Enrique á la casita del guarda mayor, á tiempo que salió un grito penetrante y angustioso.

—¿Qué sucede?... ¡Dios mio! alguna desgracia, exclamó la encantadora niña, penetrando en la casa sin ceremonia alguna.

En efecto, un cuadro lastimoso se ofreció á su vista, el anciano Mauricio, que debía disfrutar poco tiempo los beneficios del marqués, yacía en tierra sin sentido atacado de un accidente apoplético.

Macrina y María le rodeaban llorando desconsoladamente.

—¡Ah! ¡pobre anciano!... exclamó Ada arrodillándose cerca de María; corra Vd., Enrique, que venga un médico y criados para conducirle á la cama. ¿Es su padre de Vd.? preguntó á la jóven.

—Sí señora, exclamó esta llorando; es nuestro único consuelo en el mundo y le vamos á perder.

—No se aflija Vd.... quizá sea una cosa pasajera, apliquemos á su nariz una esencia fuerte á ver si recobra el sentido, precisamente llevo aquí mi frasco, como mamá padece tanto; tómeme Vd., dijo Ada.

Empero todos los remedios fueron inútiles para el pobre Mauricio, llegó el médico y se le aplicaron cuantos remedios aconseja la ciencia, dejando de existir aquella misma noche.

María no se apartó del lecho fúnebre hasta que recibió el último suspiro del pobre anciano, dejándola traspasada de dolor cuando ya sus cuidados eran inútiles, para atender á la infeliz Macrina que á consecuencia de tan inesperado golpe, sufría continuas y violentas convulsiones.

Ada no quiso marcharse á su casa hasta ver en qué paraba aquello, y estuvo acompañando á María, sintiendo por ella un vivo interés, y formando un empeño grandísimo por llevarla á su casa, así que supo que las dos pobres mujeres no contaban con mas recursos que con el jornal de Mauricio, y se quedaban por el fallecimiento de este en el mayor desamparo.

Estas pruebas de bondad conmovieron á María, haciéndola derramar amargas lágrimas, y no tuvo mas remedio que consentir en los deseos de Ada, porque esta no permitió retirarse hasta que se lo hubo prometido.

Las dos familias la demostraron su interés, y la condesa no solo aprobó la determinacion de su hija, sino que rogó por sí misma á María que se trasladase á su casa al dia siguiente.

—Están bien en la mia, condesa, dijo la ma-

dre del marqués, yo las emplearé en mi servicio y nada las faltará.

—Y esto es lo natural, añadió el marqués; estando en casa han perdido á su padre, ¿cómo hemos de consentir que vayan á refugiarse á otra parte?

—¿Y nuestras dos familias no van á ser una misma? dijo Ada; además, yo quiero que María se venga conmigo, me interesa mucho y deseo tenerla á mi lado.

—Mi madre tambien necesita de su compañía, replicó el marqués.

—Sí, Ada quiere, quiere que se la lleve; me complazco en darla gusto, y tú debes hacer lo mismo, hijo mio, dijo la marquesa.

—¡Oh! ¡eso nunca!... exclamó fuera de sí el marqués.

—¡Sebastian! gritó su madre con severidad.

—¡Caballero! dijo la condesa, queriendo adivinar algun interés oculto en aquella estraña persistencia que rayaba en descortesía, y que llenó de lágrimas los hermosos ojos de la infantil Ada, que no estaba acostumbrada á ver contrariado ninguno de sus caprichos, por insignificantes que fuesen.

Enrique miró á su hermano con ansiedad; pero este, encogiéndose de hombros con mal humor, se salió de la habitacion sin insistir, y sin dar una palabra de disculpa que atenuase

en parte la dureza de su negativa y su falta de galantería que asombró á toda la familia.

—Hija mia, ¡cuándo sehan visto lágrimas en tus ojos!... dijo la condesa abrazándola; cálmate por Dios y no hagas caso de ese loco, que ha sufrido no sé qué especie de trasformacion desde algun tiempo á esta parte; preciso será romper este proyecto de boda si ha de hacerte infeliz.

—Por Dios, condesa, discúlpele Vd.; verdaderamente no sé qué tiene, ni por qué se ha vuelto arrebatado y brusco, cuando ha sido siempre un modelo de caballerosidad y de finura.

—No ha pretendido él disculparse, marquesa, dijo la madre de Ada con ironía.

Durante esta escena, la jóven que era causa de la desavenencia de aquellas dos familias tan unidas antes, no dijo una palabra, siguió llorando en silencio por la pérdida de su padre, resuelta á no quedarse ni en una ni en otra casa.

Al dia siguiente mandó recado á Manolo para que fuese á buscarlas, y sin despedirse de nadie, se marcharon á Tórtola, tan pronto como dieron sepultura al infeliz Mauricio.

El marqués supo esta determinacion cuando ya no pudo oponerse á ella, porque habian desaparecido sin decir dónde se dirigian; únicamente manifestaron á la marquesa, por con-

ducto de uno de los criados, que no aceptaban las generosas proposiciones de las dos familias por evitarse el disgusto de ver que por causa suya se alteraba su feliz armonía. Mas no por esto volvió la paz al corazón de los prometidos esposos, que continuaron completamente extraños el uno para el otro. Ada sin querer ver á Sebastian, y Sebastian sin pretenderlo, siguiendo una conducta sumamente extraña, que tenia á su buena madre llena de una mortal inquietud.

Se pasaba el día encerrado en su cuarto; ni siquiera bajaba al comedor por no escuchar las amonestaciones de su madre y de su hermano, aunque jamás contestaba una palabra á las reflexiones que le hacian, tornándose cada vez mas uraño y mas áspero.

La pobre marquesa, tan feliz, tan tranquila siempre y tan orgullosa con la sumision de sus hijos, empezó á experimentar un amargo pesar, y mucho mas cuando supo que el marqués salia todas las noches y se marchaba solo, volviendo al amanecer.

Ada no quiso oír ni su nombre siquiera. Enrique, que poseia en alto grado las simpatías de toda la familia, los acompañaba muchas veces, procurando atenuar la falta de su hermano; pero el enojo que causaba su nombre solamente hacia inútiles todos sus esfuerzos.

Los dias se deslizaban tristes y monótonos para las dos familias, que habian abrigado por tanto tiempo la dulce esperanza de unirse en una y disfrutar de una envidiable paz.

La marquesa sentada en su saloncito, hacia sin cesar encajes de aguja, notándose en la actividad con que se entregaba á su trabajo que queria distraer su pena; pero con frecuencia se la veia suspirar corriendo dos lágrimas cristalinas de sus hermosos ojos, que bajando á lo largo de sus megillas, iban á morir entre los negros encajes de su papalina.

Enrique las vió un dia.

—¡Madre de mi alma!... exclamó partido el corazon de dolor; ¡cuánto daria por despejar esta situacion funesta en que nos ha colocado la imprudencia de mi hermano!

—¡Ay! Enrique mio, tú no sabes cuánto sufro; nos ha puesto mal con el conde, que era el amigo íntimo de tu padre, mas bien su hermano, porque se criaron juntos, y desde que Ada nació estaban acariciando la idea de casarla con Sebastian.

Este compromiso era inquebrantable; y luego yo no sé que tiene esa criatura, yo no sé que hace, huye de mí por no darme una esplikacion de su conducta, y me está matando, porque ya no puedo sufrir: hace tres dias que no le he visto, y lloro al ver que no me ama,

cuando el amor de mis hijos es mi sola felicidad.

La marquesa al decir esto prorumpió en amargo llanto; Enrique se arrodillo á sus piés, y rodeándola con sus brazos la besó en la frente, diciéndola:

—¡Mi querida madre!... ¿y yo, no soy nada para Vd.?... yo que la adoro, que daría la mitad de mi vida por evitarla una sola lágrima.

—¡Hijo mio!... ¡mi único consuelo!... exclamó la anciana cubriendo de apasionados besos la frente de su hijo, como si quisiera desahogar su inmenso dolor en aquellas santas caricias.

Trascurrieron unos instantes; la marquesa enjugó sus lágrimas. Enrique se levantó, limpiándose el polvo que habia quedado en su pantalon al arrodillarse.

—Hijo mio, dijo la anciana, voy á pedirte un favor; quiero que veas á tu hermano, que le interrogues, que te enteres de sus secretos, y me los digas para tomar una determinacion.

—Eso es muy difícil; conoce Vd. su carácter arrebatado, altivo, y aunque sabe que obra mal, ni lo confesará, ni es capaz de arrepentirse.

—Pero al menos podrás tranquilizarme acerca de su salud; yo no voy porque está ofendida mi dignidad de madre: en esta ocasion ha-

ce uso de sus derechos, y obra como jefe de la casa, sin dar cuenta á nadie de sus acciones, y esto no puede menos de lastimar mi amor propio, acostumbrada como estoy á su completa sumision, y á su deferencia para conmigo, pues hasta hoy no he tenido nunca que reprocharle ni la mas leve falta de obediencia y de respeto.

—Bien, madre mia, le veré; tranquilícese usted; pero no abrigue la esperanza de que las cosas vuelvan á su antiguo estado, la alianza de las dos familias es ya imposible. Sebastian aborrece á Ada, y Ada no puede ver á Sebastian; no se aman ni se han amado nunca; esta es la causa de su rompimiento.

—Pero si han estado siempre conformes y en la mayor armonía....

—Porque no habian consultado su corazon, mejor dicho, porque dormian sus pasiones, que un choque eléctrico se ha encargado de despertar. ¡Ah! tengo una sopecha, que no saldrá de mis labios hasta que averigüe su certeza.

—¿Y no mela dirás? tengo valor para escucharlo todo, y me conformaré con cualquier cosa por recobrar la tranquilidad y el amor de mi hijo. Con todo menos con ver manchados los timbres de mi casa.

—¡Ah! exclamó Enrique con un hondo suspiro levantando los ojos al cielo.

—¿No puedes comunicarme tu sospecha?  
insistió la marquesa.

—Perdóneme Vd. que la calle hasta saber si  
es cierta: voy á ver á mi hermano.

La marquesa inclinó la cabeza sobre el pe-  
cho, suspiró, tomó con nuevo afan sus enca-  
jes y volvieron á correr sus lágrimas.

---

---

## CAPÍTULO VIII.

### Secreto descubierto.

El dormitorio del marqués estaba situado en el piso principal; caían los balcones á la huerta y tenia salida secreta por aquel lado; de manera que todas las noches se marchaba sin necesidad de salir por la puerta principal de la quinta, y sin embargo de que procuraba hacerlo secretamente por no disgustar á su madre, no dejó de saberse.

Enrique se dirigió al cuarto de su hermano; un ayuda de cámara estaba en la antesala.

—El señor marqués duerme, no ha llamado todavía, dijo respetuosamente á Enrique.

Este miró al reloj y exclamó:

—Pues ya son las doce.

Luego sin atreverse á interrumpir el sueño de su hermano, abrió el balcon y se apoyó en la barandilla.

Habria pasado un cuarto de hora cuando se sintió una campanilla, ágitada al parecer por una mano febril, segun su prolongado sonido.

El criado entró.

Enrique, sin quitarse del balcon, aguardó á que saliera.

—Puede Vd. pasar, dijo este apareciendo poco despues.

El dormitorio del marqués era una pieza grande, con chimenea y dos grandes balcones: en el centro estaba la cama, que era antiquísima, hecha de una madera de América, con adornos de talla, la corona de marqués, y el escudo de armas de la familia grabado en la cabecera.

Tenia anchas colgaduras de damasco carmesí con flecos de oro, la colcha de lo mismo, y sábanas de riquísima holanda guarnecidas de encaje.

Cuando entró Enrique vió inmediatamente á su hermano, porque este habia mandado al criado que descorriese las cortinas y abriese los balcones.

—¡Oh! tú te vas pareciendo á los pájaros de mal agüero, que duermen de dia y velan de noche, mi querido hermano; dijo Enrique, procurando hacer su tono lo mas chancero posible.

—¿Y quién te ha dicho que yo no duermo de noche? preguntó el marqués incorporándose

en la cama y echando atrás con indolencia sus hermosos y largos cabellos.

—Lo supongo, porque has tenido siempre la costumbre de madrugar, particularmente en el campo, y ahora á pesar de hallarnos en la mas bella estacion del año, te levantas despues de las doce.

—¡Pchs!... es necesario tomar el tiempo conforme viene, contestó el marqués.

—Suele suceder que cuando se muda de inclinaciones se muda tambien de costumbres.

—Quizá sea eso.

—¿Y te son mas agradables las nuevas que las antiguas?

—Pláceme ciertamente variar.

—Pero variaciones que perjudiquen al buen nombre de tu familia no creo que te deban ser muy gratas.

—¡Bah! ¿qué tiene que ver uno con otro?

—Mucho, puesto que hoy te levantas tarde porque pasás las noches en indignos galanteos.

El marqués miró fijamente á su hermano, luego encogiéndose de hombros exclamó:

—Será preciso no hacerte caso.

—Pues vengo á que me escuches, hermano mio; vengo á suplicarte que cambies de conducta, ó por lo menos que des una explicacion.

—Soy dueño de mis acciones.

—Pero nuestra madre llora, Sebastian; la

infeliz sufre amargamente por tu desvío, y no bastan mis caricias á consolarla.

—¡Es verdad!... ¡soy un ingrato!... exclamó el marqués con un hondo suspiro, y pasándose la mano por la frente como si alguna idea le hiciera daño.

—¿Y no has pensado antes en esto?

—¡Sí! pero á veces hay en nosotros mismos una fuerza superior que nos arrastra.

—A esa fuerza se opone otra mayor, la de la razon, la del buen sentido, la del honor, hermano mio, porque tú has sido siempre caballero y noble, y has tenido afan por conservar sin mancha los timbres de tu casa.

—¡Es verdad!... volvió á decir el marqués con honda tristeza, sentándose del todo en la cama y apoyando los codos en las rodillas, y la frente en las palmas de las manos.

—Perdóname, si siendo el hermano menor me permito reconvenirte; yo no tengo derecho para censurar tus acciones; pero en nombre de nuestra santa y bendita madre, vengo á suplicarte que recuerdes la promesa hecha á nuestro padre moribundo, y que siquiera por el honor de la familia, procures quedar como corresponde, y no rompas sin motivo justificado el compromiso que te une á la familia del conde.

Apenas el jóven pronunció estas palabras, brotaron chispas de los ojos del marqués, le-

vantó la cabeza con altanería y exclamó:

—Ni una palabra mas te permito en lo que atañe á mis negocios: déjame.

—Y ¿qué le digo á nuestra madre? ¿Cómo enjugaré su llanto? dijo Enrique levantándose vivamente ofendido.

—Nada; ¡que la quiero con toda mi alma!... que bajaré á comer con vosotros: pero no me habéis ni una palabra de mi conducta actual, ni de la familia del conde.

—Está bien; puedes vestirme y bajaremos juntos, dijo Enrique dirigiéndose al balcon al ver á su hermano dispuesto á dejar el lecho. En su interior estaba batallando por hacerle una pregunta, que hacia rato bullia en su mente y no se atrevia á formular, temiendo los ímpetus de aquel carácter altivo y brusco.

—¡Qué descuidado está el jardin!... exclamó después de un rato de silencio. Bien se conoce que no está Mauricio!... y á propósito ¿qué ha sido de su viuda y de su hija? exclamó volviéndose de repente y encarándose con su hermano.

El marqués se estremeció y varió de color tornándose alternativamente encarnado y pálido.

—¡No lo sé! contestó afectando una indiferencia que le hacia traicion; se habrán vuelto á Tórtola.

Enrique calló y siguió mirando al jardín; pero con la evidencia de que su sospecha era cierta. El marqués amaba á María.

—Mientras concluyes de vestirte, voy á prevenir á nuestra madre, repuso al cabo de un rato.

El marqués no dijo una palabra; pero se quedó preocupado y triste.

—¿Qué hay, hijo mio?... exclamó la marquesa apenas vió á Enrique.

—Mi hermano me ha prometido bajar á comer con nosotros.

—Y ¿qué disculpa da? ¿cuáles son sus pensamientos?

—Ninguna; se encierra en su reserva, y no es posible averiguar sus ideas. Me ha puesto por condicion que al bajar aquí no le hemos de hablar una palabra acerca de su conducta, ni de la familia del conde.

—Pero eso es imposible; necesitamos tener una esplicacion.

—Estoy seguro, madre mia, que por no contestar es capaz de marcharse de la quinta y no volvernos á ver mas; aquí es preciso trabajar con solapa, no hay que abordar el negocio de frente si queremos conseguir algo.

—Pero ¿qué has adivinado?

—Mucho, voy á decírselo á Vd.: mas prométame no enfadarse y tener calma.

—La tendré; te lo prometo.

—Pues bien: Sebastian está enamorado de María, la hija del pobre Mauricio; eso es todo.

—¡Oh! Dios mio; ¡y será posible que así descienda de su esfera!... ¡y por ella desprecia á la encantadora Ada, rompiendo una alianza tan ventajosa y que dejó dispuesta su padre!

—Esto, madre mia, yo juzgo que será un capricho pasajero, ella es honrada y se le resiste; por eso huyó de aquí sin despedirse; pero él la persigue, y el término de esto no sabemos cuál será. Si ella se deja vencer podrá ser satisfactorio, porque conseguido su capricho, la olvidará.

—¡Ah! ¡pero es horrible, hijo mio!... ¡una jóven tan buena!... ¡tan honrada!... Es preciso á todo trance salvarla, y ver cómo le quitamos esa idea de la cabeza.

—Con cuidado, madre mia; es necesario mucho tacto; él lo niega, mas yo lo he leído en sus ojos, y debe estar ciego por esa pasión funesta que así le hace faltar á sus deberes de hijo, de amante y de caballero.

La marquesa se habia quedado profundamente pensativa; al cabo de un instante dijo:

—Has despertado en mi alma un recelo atroz, ahora voy recordando incidentes y convengo en tu idea. Una tarde vino María á presentarme un ramo de flores, estaba encendida como

una cereza y miraba hacia atrás; él la seguía y no tardó en aparecer. Aquel ramillete, que yo coloqué en mi tocador, desapareció de allí á poco, no hice caso, y ahora recuerdo que lo cogió él y se le llevó, sin duda para guardarle. ¡Pobre María! si es inocente y se vé perseguida con tenacidad, la compadezco; si es culpable y me arrebató el amor de mi hijo ¡oh! en este caso la aborrecería, cuando la amaba tiernamente, porque es una jóven bellísima: imposible parece que pertenezca á una clase tan ínfima.

—¡Pronto lo sabremos!...

—¿Sabes dónde ha ido á refugiarse?

—Sebastian me ha dicho que está en Tórtola.

—¿Luego conoce su retiro? quién sabe si será calculada su resistencia, y pretenderá casarse con él. ¡Oh! esa sería una alianza bochornosa que acabaría con mi vida.

—Callemos, y mucho disimulo; conviene no sospeche que sabemos su secreto, dijo Enrique viendo que su hermano entraba en el salón.

Muchos esfuerzos tuvo que hacer la marquesa para contenerse en los límites de la prudencia; sin embargo, cuando el marqués llegó á ella, abrazándola con el mayor cariño, no pudo evitar que se desprendieran dos lágrimas de sus ojos, y exclamó:

—¡Creí que ya no amabas á tu madre, hijo mio!

—No amar á Vd., ¡madre del alma! ¿á quién, pues, amaria entonces? ¿No es Vd. mi ángel tutelar? ¿No es Vd. la persona á quien profeso mas ardiente y entusiasta culto?

—Mal me lo demuestras ¡ingrato!

—¡Bah! tonterías.... ¿No es verdad que me quiere Vd. mucho?

—¡Muchísimo! pero prométeme no darme ningun disgusto; prométeme, ya que me faltan pocos años de vida, no tomar ninguna resolucion formal sin consultarla antes conmigo.

El marqués se puso sério.

Enrique dirigió á su madre una mirada ansiosa, como diciéndola que no se dejara llevar de su resentimiento, y aprovechando las buenas disposiciones en que al parecer se presentaba el marqués, lo perdiesen todo. Esta lo comprendió y se apresuró á decir: — No es que yo quiera tener dominio sobre tí, deseo únicamente conservar tu cariño y hacer tu felicidad; yerrqué o siempre todo lo que tú quieras.

—Bien, madre mia, bien; Vd. será siempre mi consejera, mi ángel, mi consuelo; y en prueba de mi afeccion sin limites, iré esta tarde con usted á dar un paseo.

—Convenido; comeremos y pasearemos juntos.

Enrique está convidado en casa del conde.

El marqués volvió á fruncir el ceño. Era

evidente que no le gustaba aquella conversacion; sin embargo, dijo:

—Me alegro mucho que mi hermano cumpla por mí; ya recordará lo que le dije el último día que estuvimos juntos allí, y sigó en la misma idea.

Luego, como queriendo cortar toda conversacion, se puso á leer los periódicos: la marquesa y Enrique callaron.

---

---

---

## CAPÍTULO IX.

### Amor del alma.

Dejaremos por un momento la quinta del marqués para trasladarnos á Tórtola; se acerca la estación del estío y brillan en los campos los dorados trigos, formando un vistoso contraste con los verdes olivares y las pomposas viñas. El sol estaba ya próximo á su ocaso, y sus últimos fulgores daban á los campos un triste melancólico y dulce; los ruidos de la naturaleza, que se dejan sentir con mas fuerza en esa hora crepuscular, tenían un doble encanto, por los perfumes embriagadores que exhalaban el tomillo y la madreSelva, siendo no menos agradable á la vista los linderos de los trigos coronados de encarnadas amapolas y de otras mil florecillas silvestres.

Una jóven cabizbaja y triste apareció en las inmediaciones de Tórtola y siguió por un sen-

dero transversal hasta llegar á la cruz de piedra que habia en el olivar del duque. Era María.

Aquella cruz debia tener para la jóven una atraccion misteriosa, porque la visitaba continuamente desde su niñez; allí iba á rezar y desahogar sus penas en amargo llanto.

Llevaba un sencillo traje de indiana; pero lleno de elegancia y distincion: desde que salió de Tórtola para ir á vivir en la quinta del marqués, habian cambiado mucho sus costumbres; vestia con mas gusto, y le era tan natural aquel cambio, que no parecia sino que toda su vida habia vivido en la buena sociedad.

Estaba muy triste; el brillo amortiguado de sus ojos, el abatimiento de sus facciones y su palidez demostraban claramente que no era feliz y que sufría mucho. En efecto, era amada de una manera delirante por el mismo hombre á quien adoraba en el fondo de su corazon, y tenia que rechazarle y que ocultar su sentimiento avergonzándose de él como de un afecto criminal. A sí misma se habia jurado no aceptar aquel amor y le rechazaba, rechazando con él su propia felicidad.

En la época á que se refiere nuestra historia habia en estas pequeñas poblaciones una pasmosa severidad de costumbres; ninguna de las jóvenes del pueblo faltaba á sus deberes; la

honradez y la virtud eran una ley: desdichada la que se dejaba llevar de la seducción, el anatema general caía sobre su frente, y la perseguían por doquiera el desprecio y la animadversión de los vecinos del pueblo.

Cuando Macrina y María, huyendo de la persecución del marqués, se refugiaron en Tórtola, todo el mundo las miró con cariño; se establecieron en una pequeña casita situada en las orillas del pueblo, y tuvieron muchos amigos, que lamentando la triste soledad en que habían quedado, las fueron á visitar, ofreciéndose con las más expresivas muestras de cordialidad y afecto.

Manolo fué de los primeros; se creyó al fin correspondido, y ciertamente que la jóven no le rechazaba; ¡anhelaba tanto encontrar un apoyo legítimo!... Pero al mismo tiempo no se determinaba á contraer con él un compromiso formal porque tenía miedo de su propio corazón; quería antes de ser esposa de otro, que no quedase en su alma ni la menor sombra de la imagen del marqués, y aquella imagen, por su desgracia, la llevaba grabada con caracteres de fuego. Y ¿cómo olvidarle, si él la perseguía á todas horas? ¿Cómo separar su imagen si se ofrecía de continuo á su vista con el seductor encanto de su purísimo amor y con la magia de su notable gallardía?...

Al día siguiente de estar ellas en Tórtola llegó el marqués desesperado, medio loco; adivinó que allí se habían refugiado, y las fué á buscar, preguntó en el pueblo y le indicaron su casa; fué allá, era por la tarde, y encontró á Mácrina sola.

—¡Señor marqués! exclamó la anciana, ¿usted por aquí?

—¿Y María? dijo con ansiedad.

—En la Cruz del Olivar, aquel es su paseo; ¿pero por qué ha venido Vd.?

—A buscarla. ¿Vd. no sabe que la amo?

—Lo adiviné, señor, hace mucho tiempo, dijo la anciana dejando escapar un suspiro.

—¿Y ella no me corresponde?

—¿Y qué sé yo? ¿Acaso manifiesta á nadie sus impresiones? Yo la oigo gemir y suspirar á todas horas; nos vinimos aquí huyendo de usted, y cuando le hablo de su amor me dice con desesperacion: ¡jamás, jamás!

—¡Oh! ¡Dios mio! ¿será posible que no pueda yo vencer su resistencia?

—Mucho lo dudo.

—Ayúdeme Vd.; yo cuidaré de asegurar su suerte futura y nada les faltará.

—Verdaderamente, señor, que ya nos va faltando hasta lo necesario, pues huyendo de la quinta, ni aun quiso que nos detuviéramos á

cobrar el sueldo que se nos debia de mi pobre-cito marido que en paz descanse.

—¡Qué compasion!... tome Vd. y no la diga ni una palabra, porque rechazaria mis dádivas con horror, dijo el marqués poniendo en brazos de la anciana un bolsillo lleno de oro.

—¡Oh! gracias, señor; nada la diré; si lo supiera... ¡ay! ¡Dios me libre de que lo sospechel

—Pero ayúdeme Vd.; yo la adoro; y hay en mi corazon un respeto profundo, tanto que estoy dispuesto á casarme con ella, aun venciendo todas las preocupaciones de mi posicion y de mi clase.

—¡Jesus!... ¿está Vd. loco? ¿qué diria la señora marquesa?

—¡Jamás!... ¿saberlo mi madre? eso no; nos casaríamos en secreto, sin que nadie pudiera adivinarlo; veremos si puedo vencer su resistencia; vendré todas las noches; Vd. cuidará de abrir la puerta, ¿no es verdad?

—Venga Vd. por el campo, allí hay una puertecilla, yo abriré, y así no tienen que enterarse las vecinas del pueblo; ¡son tan criticonas!... y sobre todo esa tia Chiripa, no se la escapa nada; ya la he visto pasar dos veces desde que está Vd. aquí.

—Quedamos, pues, en eso y me voy á buscar á Maria.

El marqués salió; se habia dejado el caballo

en la casa del guarda, y se encaminó á pié hácia el olivar.

La jóven se retiraba ya, y así que le vió se puso pálida y temblorosa.

—¿Por qué viene Vd. á perseguirme en mi retiro? quiero ser feliz casándome con Manolo y siendo una buena esposa, y Vd. se empeña en arrebatarme la paz del alma y la felicidad de toda mi vida.

—¡María! ¿es posible que pienses en ese rústico campesino amándote yo con tan entusiasta delirio?

—Sí que pienso, y ese es mi único deseo, él es un hombre honrado y me hará su mujer, y tendré una familia y un hogar y seré amada y respetada, mientras que el amor de Vd. solo me ofrece el desprecio, la vergüenza y el remordimiento.... ¡oh! jamás.

—Yo te juro que serás mi esposa. ¿Quieres tú serlo, vida mia? exclamó el marqués con tiernísimo acento.

Estas palabras eran una tentacion demasiado fuerte; el corazon de la pobre niña sufrió un choque terrible, y hondamente conmovida no supo al pronto qué contestar.

El marqués la miraba con angustia; tal era ya su loco arrebató, que no pensaba en las consecuencias de aquella proposicion, solo pensaba en ser feliz, y sin el amor de María no podia serlo.

—¿Mi proposicion no merece ni una respuesta? dijo al fin, esperando con ánsia una esperanza de los labios de su amada.

Esta, que pasado el primer momento de fascinacion habia tenido tiempo de reflexionar, exclamó:

—Siendo su esposa seria la vergüenza para usted porque tendria que tenerme escondida donde no me viera nadie, y concluiria Vd. por aborrecerme; siendo su querida lo seria para mí, que tendria que ocultar mi oprobio en el mas profundo misterio.

—Entonces ¿qué haremos? yo no puedo vivir sin tu amor.

—Ahógueme Vd. dentro de su pecho, y cácese con la hija del conde; eso es lo natural, ese es su deber.

—Jamás; Ada no será nunca mi esposa, mientras no pueda arrancar tu imágen de mi corazón.

—Procure Vd., pues, arrancarla y olvidarme. Adios, le prohibo que vuelva á verme.

—¡María!... ¡por piedad!... gimió el marqués con dolorosa amargura.

—¡Adios!... ¡señor!... murmuró ella poniéndose la mano sobre el corazón.

—¿Me abandonas? dijo el marqués apoyándose en el tronco de un olivo sin atreverse á detenerla.

—Es mi deber, adios, exclamó la jóven separándose de allí con un doloroso esfuerzo, pudiendo apenas contener su llanto.

Santo heroismo de un corazon tan puro, de un alma tan fuerte y tan elevada. Ni aun volvió la cabeza por no alimentar la loca esperanza del marqués.

Pero ¡ah! que esta conducta encendia mas y mas su pasión. La estuvo contemplando con la mirada triste y húmeda hasta que desapareció tras los muros del pueblo, y permaneció allí horas y horas sin valor para separarse de aquellos sitios queridos donde respiraba su amada.

Ya las sombras de la noche habian estendido por los campos su enlutado manto y aun estaba allí, viendo con los ojos del alma la angelical figura de María, y aquel rostro tan expresivo, tan lleno de inteligencia y de majestad.

—¡Ah! ¿por qué esta mujer no ha nacido en elevada cuna?... se decia ¿quién mas digna que ella de poseer un título de nobleza? ¿quién mas honrada y mas noble? Me ama, lo conozco; porque ella sufre y sostiene una lucha gigantesca entre su deber y su amor, ¡infeliz! ¡y ambos sufrimos, y ambos seremos desgraciados, porque yo no tengo su abnegacion, yo no hallo fuerzas en mí para vencer este amor que me abrasa!...

Abismado en estas reflexiones se pasaban las horas, y el pobre marqués no sabia apartarse de allí; por fin se decidió á ir á buscar su caballo y se dirigió á la quinta: tenia muchas horas de camino, pero qué le importaba si le prestaba sus alas el amor.

En cambio aquella visita fué una herida mortal para la reputacion de la pobre niña: no faltó quien los viera en el olivar y pronto se corrió en el pueblo la voz de que el marqués del Torrente era su amante; y la madelicencia, ese veneno corrosivo, cundió de tal manera en pocas horas, que era ya irremediable la ruina y el descrédito de la desgraciada María.

---



## CAPÍTULO X.

### La serenata.

No faltó el marqués á la siguiente noche; su amor se convirtió en delirio, en locura y estaba dispuesto á emplear todos los medios imaginables para conseguir la realizacion de su deseo.

Eran las doce de la noche cuando llegó á Tórtola; una luna ténue y plateada iluminaba la estrellada esfera, y no le fué difícil reconocer el sendero que le condujo cerca de la casa de María. Siguió á lo largo de los muros y fué á buscar la puertecilla que daba al campo, pero no le valió su precaucion para no ser visto: varias sombras que estaban escondidas detrás de una esquina se deslizaron tras él, le vieron llegar, apearse, llamar á la puerta, abrirse esta en silencio y penetrar el caballero y el caballo

en el ancho corralon de la casa que habitaban las dos mujeres.

A pesar de que no estaba acostada todavía, de nada de esto se apercibió la jóven; su mal estar y su desvelo eran grandes, tenia fuerte dolor de cabeza, y se asomó á la ventana de su cuarto para respirar el aire libre.

Esta ventana daba á una de las principales calles del pueblo.

Dos] hombres se encontraron debajo de la ventana de María y se detuvieron.

—¡Hola! chico, dijo uno de ellos ¿andas rondando la casa de la guardesilla?

—No, amigo mio, contestó el otro como queriendo ocultar una debilidad.

María conoció la voz de Manolo y aplicó el oido.

—¡Como la querias tanto!... ya se vé, si era una perla; la mejor chica del pueblo; pero buen chasco nos ha dado.

—Todavía no creo yo la mayor parte de lo que se dice, contestó Manolo, y si te he de decir la verdad, ando alrededor de la casa por convencerme yo mismo; quiero ver si efectivamente viene á visitarla el marquesito. Mi madre dice que le ha visto; mas como ha tenido siempre tanta oposicion á que me case con ella, tal vez pretenda con eso desilusionarme.

—Desengáñate, Manolo, esa chica no es lo

que era; ha vuelto á Tórtola cabizbaja, descolorida y triste, ella que era la alegría del mundo, quien sabe si el remordimiento la estará desgarrando el corazón. Además la misma Marcrina lo anda diciendo por todas partes; esta mañana en casa enseñó un gran bolsillo lleno de oro que la había regalado el marqués, y dijo que dentro de poco sería su hija marquesa, esto lo he oído yo, con que no puedo dudarlo.

—Si parece imposible!... Ella tan virtuosa toda la vida, manchar su reputación por un puñado de oro, cuando ha podido casarse conmigo; porque te lo digo francamente, la quiero con toda mi alma, y si esos rumores no tienen fundamento, me casaré con ella.

—Pues no lo dudes; el marqués la visita.

—Vigilaré, y si le veo entrar á deshora en su casa no vuelvo á mirarla en mi vida.

—Yo te acompañaré, vigilarémos juntos, vamos hácia el camino de Guadalajara, por allí debe venir.

Los dos mozos se alejaron, y María acometida de un temblor nervioso, cayó de rodillas, quedando con la frente apoyada en el marco de la ventana.

—¡Oh! ¡Dios mío!... ¡y cómo anda por el pueblo mi reputación hecha giras, exclamó la infeliz, y mi madre es la primera en deshonrarme, y no solo recibe dinero sino que hace os-

tentacion de ello, como si fuera una gala!... ¿Si será verdad que no soy su hija? No solamente la tia Chiripa, sino varias mujeres del pueblo me lo han dicho; pero unas aseguran que Mauricio me encontró perdida en el campo, y otros que me arrojaron á su puerta; este rumor no puede ser falso, y casi voy creyendo que no puede ser mi madre la mujer que me aconseja admita unos amores tan vergonzosos.

Abismada en estas reflexiones se iba pasando el tiempo, sin que María se apercibiera de que estaba de rodillas, y de que el fresco de la noche no refrescaba su calenturienta cabeza.

El cuarto estaba á oscuras; mas al iluminarse repentinamente, la jóven salió de su meditacion y se levanto; Macrina acababa de poner una luz sobre la mesa.

La ventana se hallaba tan baja, que desde fuera se veia todo lo que pasaba dentro. María al levantarse vió en la calle algunas personas inmóviles que la miraban con atencion, cerró las maderas, y al volverse se halló frente á frente con el marqués, que siendo tan pequeña y tan pobre la habitacion, y no teniendo silla donde sentarse, se habia sentado sobre la cama de la jóven.

María dió un grito penetrante y tuvo que apoyarse en una mesa para no caer al suelo.

En aquel momento se sintió en la calle gran

ruido de instrumentos, empezaron los mozos del pueblo á tocar guitarras y á cantar de esta manera:

Dicen que la guardesilla  
no quiere á los aldeanos,  
porque tiene por amante  
á un marquesito muy guapo.

Pálida y trémula escuchó María esta copla; miró con angustia al marqués y exclamó:

—¡Soy perdida!... ¡soy perdida!... cayendo desplomada sobre el pavimento.

Cuando el marqués y Macrina la levantaron estaba sin sentido y permaneció largas horas sin dar señales de vida.

—Esos picaros la han asesinado con sus cantares. dijo Macrina desolada.

—Corra Vd. por Dios, á buscar un médico, exclamó el marqués en el colmo de la desesperacion, viendo que sin volver en sí se agitaba en horribles convulsiones.

—Pero márchese Vd. cuando venga, no conviene que le vean aquí.

—Bien, me esconderé, aunque es inútil porque me han visto, y esto tiene que remediarse prontamente. ¡Oh! ¡mi María se muere!... vaya Vd. pronto por el amor de Dios.

Macrina salió medio aturdida, y cuando

volvió con el médico encontraron á la enferma luchando entre la vida y la muerte.

¡Qué desconsuelo para el joven marqués que la quería con toda su alma! tuvo que marcharse antes de amanecer, sin haber tenido el consuelo de que recobrase el conocimiento, para haberla consolado con protestas de eterno cariño. ¡Cuan triste llegó á su casa, y qué largas se le hicieron las horas del día, hasta que por la noche pudo volar á su lado!... Pero no por eso María le escuchó; ocho días se llevó delirando, sin que la espantosa fiebre que la consumía la dejase un momento despejada.

Diariamente la visitó el marqués; él y el médico eran las únicas personas que entraban en aquella solitaria y triste, casa. Los amigos que antes tenían, la desdeñaron por completo.

Manolo sin embargo pasaba muchas veces por la calle; estaba triste, suspiraba con frecuencia; pero contentándose con mirar á la puerta no se atrevió ni aun á preguntar por la salud de la pobre joven.

A los nueve días empezó á mejorar; la naturaleza habia vencido en aquella lucha gigantesca y el médico declaró que se hallaba fuera de peligro.

Por la noche cuando llegó el marqués se admiró de encontrarla en su completa razon.

—¿Viene Vd. á concluir de matarme? dijo la jóven con dolorosa tristeza.

—¡Maria! dijo el marqués con ternura; vengo á ofrecerte mi corazon y mi mano ¿no es bastante esto para reparar el mal que te he causado?

—No, señor; ha destruido Vd. mi felicidad al arrojar por el lodo mi reputacion que no tenia mancha ninguna, y para mí no hay ya ventura en la tierra. ¿por qué no me han dejado Vds. morir?

—¿De manera que me rechazas? ¿No quieres ser mi esposa?

—Lo seria si poseyese un titulo de nobleza; porque á pesar de todo, no puedo arrancar de mi corazon el amor que ha sabido Vd. inspirarme.

—¡Ah! ¿con qué me amas? ¡esa confesion me llena de gozol... esas palabras me hacen el mas feliz de los mortales.

—No se regocije Vd., pues no seré su esposa ni su querida, aunque supiera morir de amor.

Habia tal resolucion en estas palabras, dichas por la jóven con tono firme, que el marqués contuvo su alegría y exclamó:

—¡Maria! no es posible tal resistencia en un corazon amante; ¿tu consentirás?

—Eso lo veremos; por de pronto suplico á

usted que no vuelva á visitarme, me perjudican sus visitas.

—¿Y qué importa? todo el pueblo sabe que vengo; esos insolentes de mozos están siempre en acecho como si algo les importara

—Siquiera déjeme Vd. recobrar la salud con tranquilidad.

—Está bien, me marchó, pero ten entendido que volveré dentro de tres días, traeré un carruaje, y te llevaré con tu madre á Madrid, allí serás mi esposa y no tendrás que temer las insolencias de esos campesinos.

María no contestó, tenía el rostro cubierto con las manos y lloraba.

A la mañana siguiente de esta escena fué cuando Enrique entró en la habitación de su hermano á pedirle una esplicacion de su conducta. Ya sabemos lo que pasó entre ellos y cómo les fué imposible, tanto á él como á su madre, hacerle confesar el objeto de sus salidas nocturnas. Por la tarde y despues de haber comido en familia pidió el coche y se marchó á Madrid, declarando que tardaría dos dias en volver.

Iba para preparar habitación y areglar su boda clandestina con María; esto era ya una resolución formal.

—Aprovechemos esta ocasion; madre mia, dijo Enrique, y vámonos á Tórtola, allí esta

María; es una jóven ingénua y buena, y estoy seguro que nos dirá la verdad.

—Ves tú solo, hijo mio, averigua lo que hay, y si es preciso iré yo; conviene guardar sobre todo el mas inviolable secreto, porque si tu hermano sabe que descubrimos sus intenciones para contrariar sus designios, se incomodará fuertemente, y quien sabe los disgustos que podrá darnos.

—Tiene Vd. razon; iré mañana temprano, y veremos lo que resulta.

En efecto á la mañana siguiente se marchó Enrique á Tórtola y tuvo la buena suerte de encontrar sola á María. Macrina estaba en misa, el despego que la manifestaba la jóven la tenia muy disgustada, y á instancias suyas se marchó, dejandola sentada junto á la ventana, y sumamente débil y abatida.

Un caballo se detuvo á la puerta de la casa. María se estremeció.

—¡Quien será!... murmuró; ¿tendrá tanto descaro el marqués que venga á verme en medio del dia?... ¡quién sabe!... ¡adelante! exclamó oyendo que llamaban á la puerta.

Esta, que estaba entornada solamente, se abrió y la sonora y argentina voz de Enrique se dejó sentir, preguntando si vivian allí la viuda y la hija del guarda Mauricio.

—Si señor, tenga Vd. la bondad de pasar; contestó María reconociéndole.



---

---

## CAPÍTULO XI.

### Visita indagatoria.

Enrique ató la bridas del caballo á las rejas de la ventana y entró en la cocina que era la primera pieza, pasando despues al cuarto de María. Por un movimiento involuntario se quitó el sombrero al ver á la jóven que le saludó con la mayor finura, diciéndole:

—¡Ah! ¡señor! perdone Vd. que no me levante; he pasado nueve dias de penosa enfermedad, y és hoy el primero que abandono el lecho por algunos instantes, encontrándome tan débil y abatida, que ni aun fuerzas tengo para sostenerme.

Habia tanta majestad y tanta nobleza en la poética figura de María, que imponía sin pretenderlo un respeto involuntario. Enrique se hallaba fascinado por aquella mirada dulce y

serena, por aquel aire de inocente candor y de sencillez, al propio tiempo que de suprema dignidad.

—¿Cómo se encuentra la señora marquesa? preguntó despues de unos momentos de silencio, y viendo que Enrique, á un signo de ella, tomaba asiento en un taburete inmediato.

—Bastante delicada ¡ por desgracia ! hace tiempo que sufre.

—Quizá desde mi salida de la quinta ¿no es verdad? porque yo la dejé perfectamente buena.

—Sí, señora, desde entonces; exclamó Enrique mirando á la jóven con asombro.

—Y la señorita Ada y los señores condes, ¿están buenos? ¿son felices? ¡Cuánto sentí dejarlos con la idea de ser ingrata á sus beneficios!...

—¡Ah! cierto que fué muy extraño el abandono de Vds.; pero están sin novedad, aunque no contentos, porque el disgusto que sufre mi buena madre les alcanza tambien.

—¡Y seré yo la causa, aunque inocente, de la desgracia de unos señores tan buenos, á los que amo con todo mi corazon, y por quienes daria la mitad de mi vida si necesaria fuese para su felicidad!... exclamó la jóven bajando los ojos y cruzando las manos sobre las rodillas en dolorosa actitud.

—¡Quién sabe, hija mia!... Desde luego si

no es Vd. la causa, podria esplicarnos el enigma, que no acertamos á descifrar; por eso, he venido á buscar á Vd. y con encargo de mi buena madre, que llora los desvíos de mi hermano, para ofrecer á Vd. su proteccion mas decidida.

—Lo he comprendido en el momento de sentir á Vd., y crea que esta visita es para mí la mayor felicidad que pudieran darme. Soy muy desgraciada; pero me lisonjeo de hallar en usted y en la señora marquesa unos protectores generosos.

—Cuenta Vd. siempre con nuestra completa proteccion, con nuestra amistad y nuestro cariño; pero en cambio de su franqueza.

—¡Mi franqueza!... vaya Vd preguntando y le responderé con el corazon en la mano; le aseguro que no manchará mis labios ni la sombra de una mentira.

—En este caso sírvase Vd. decirme si mi hermano la visita todas las noches.

—Antes permítame que le cuente en breves palabras una historia dolorosa.

—Ya escucho.

—Yo era feliz al lado de mi padre viviendo en la casita del guarda, en el olivar del duque. Me pretendia un honrado jóven del pueblo, labrador de los mas ricos de aquí, con quien tarde ó temprano hubiera llegado á casarme,

si su hermano de Vd. no hubiera venido á robarme la tranquilidad y á manchar para siempre mi reputacion; pues ya por mas que sea inocente no es fácil remediar el mal que me ha hecho.

María dolorosamente afectada, enjugó dos lágrimas que se deslizaron á lo largo de sus mejillas.

—Prosiga Vd., repuso Enrique conmovido.

—Una tarde, continuó María, llegó el marqués con el conde y otros señores, y me vieron bailando con mis compañeras, las que antes no se desdeñaban tratarse conmigo y hoy me desprecian; me vieron, repito, y el marqués, en mal hora, tuvo el capricho de enamorarse de mí, tanto que á los pocos dias volvió solo y me declaró su amor.

—Le rechacé, como le rechazo hoy mismo, sin que haya variado ni un átomo mi modo de pensar, á pesar de verle medio loco, y empeñado en que admita su mano y su corazon. Siendo su esposa, Vd. y su familia se avergonzarian de mí, le he contestado; siendo su querida, me avergonzaria yo de mi misma, y no consentiré jamás ni lo uno ni lo otro. Estas han sido mis palabras, varias veces le he suplicado que me olvidase y se casara con la señorita Ada: infinitas le he rogado por el amor de Dios que no me perdiera en el concepto de las bue-

nas gentes de este pueblo, que tanto me amaban; pero todo ha sido inútil, de la noche á la mañana se llevó á mi padre y no tuvimos mas remedio que seguirle; creyó que teniéndome cerca quebrantaria mi firmeza y no ha conseguido nada; cuando por el fallecimiento de mi padre nos vimos solas y presencié aquella escena en que fuera de sí rompió con la señorita Ada, comprendí que yo iba á ser un obstáculo para la felicidad de ambas familias y determiné venirme aquí sin decir á nadie una palabra, dispuesta á casarme con Manolo, por ver si de este modo conseguia que me olvidase; pero lejos de respetar mi resolucion, vino al siguiente dia por la tarde; las gentes del pueblo le vieron entrar en casa y empezaron á murmurar; los mozos hicieron trizas mi reputacion, alejándose desde aquel momento Manolo de mi lado; sin embargo le contesté con la firmeza de siempre, suplicándole que no volviese mas, y que me dejara ser feliz, toda vez que él no podia esperar con mi amor dicha ninguna.

—Mas estaba de Dios que mi pérdida habia de ser completa y lo fué; engañó á mi madre, que es una pobre mujer, la dió oro, que ella ha ido enseñando por el pueblo para acabar de perderme, y á media noche le abrió la puerta sin que yo entendiera una palabra. Hallábame aquí en esta ventana respirando el aire libre;

varios mozos del pueblo que estaban en acecho le vieron entrar, y yo inocente de mí cerré la ventana con ánimo de acostarme porque era tarde, y al volverme le vi sentado sobre mi cama. En aquel momento senti partírseme el corazón de dolor, y mucho mas cuando los mozos empezaron á cantarme coplas alusivas á lo que acababan de ver. Nada mas recuerdo, caí sin conocimiento, y he permanecido ocho dias á las puertas del sepulcro; durante este tiempo ha venido el marqués todas las noches, quizá sus desvelos y sus atenciones me hayan salvado la vida; pero no por eso he querido darle en pago mi amor... Cuando antes de ayer recobrada ya mi razon volvió á ofrecerme su mano; le rogué que no pensara en semejante disparate, y mas loco que nunca me prometió venir á buscarme dentro de tres dias para llevarme á Madrid, donde dice que nos casaremos en secreto, y sin que de ello se aperciba nunca su madre. Esto es cuanto ha pasado, y como una prueba de la verdad de mis palabras y de la sinceridad de mis intenciones, suplico á usted se digne interceder con la señora marquesa y que me otorgue su proteccion para entrar en un convento, donde pueda pasar tranquilamente el resto de mis dias, y donde yo no le vuelva á ver mas, donde él ignore mi paradero, porque están agotadas mis fuerzas y si continúo vién-

dole á mi lado no respondo de mi firmeza porque soy flaca mujer y por consecuencia débil.

—¿Pero Vd. le ama? dijo con asombro Enrique.

—¡Que si le amo!... ¡Ah! he ofrecido decir á usted la verdad, y no puedo ocultarla; le amo con todo mi corazon, y quizá me cueste la vida este amor que guardo en el fondo de mi pecho. Y á pesar de esto, puedo asegurar á Vd. que no he alimentado su pasion ni con la mas pequeña esperanza.

—Lo creo, ¡pobre niña! ¡es Vd. un angel!... exclamó Enrique en el colmo de su admiracion.

—Estoy resuelta á refugiarme en un convento, aunque soy inocente, tengo perdida mi reputacion, y por consecuencia nada puedo esperar del mundo, allí al menos tendré tranquilidad y podré vivir si no feliz, resignada.

María habia inclinado la cabeza sobre el pecho y sus lágrimas corrian en abundancia.

Enrique se levantó.

—Se marcha Vd. ¿y no me da palabra de volver á llevarme consigo?

—Vendré, hija mia, vendré, y si su heroica resolucion es inalterable la llevaré á un convento de Guadalajara donde está de superiora una hermana de mi padre; pero antes necesito consultarlo con mi buena mamá que me espera impaciente.

—¡Ah, sí! ¡por piedad! vaya Vd., pero vuelva esta noche sin falta; á las doce estaré en la puertecilla que da al campo y le seguiré; mañana seria tarde porque vendrá él.

—No faltaré, ¿pero y su madre de Vd.?

—No podemos fiarnos de ella y la ocultaré nuestro proyecto, además yo creo que no es mi madre, por lo menos así lo dicen en el pueblo.

—¡Y Vd. no lo sabe de cierto?

—No, señor; pero trataré de averiguarlo esta tarde.

—Entonces hasta la noche; voy á preparar lo necesario para su partida y crea Vd. que mi madre bendecirá con toda la efusion del mas vivo agradecimiento la noble virtud de Vd. que va á devolver la tranquilidad á dos familias.

Enrique salió pensativo y triste: Maria se quedó llorando.

## CAPÍTULO XII.

### La falsa madre.

Aun no había desaparecido de la calle el hermano del marqués, cuando llegó Macrina.

—¿Como estas? hija mia; dijo entrando apresuradamente, ¿ha venido el marqués? me han dicho al salir de la Iglesia que habia un caballo á la puerta de casa y á la verdad me sorprendió; pero sin duda es cierto porque al volver la esquina he visto desaparecer un ginete por la parte opuesta.

—Pues no se ha detenido aquí, la han engañado á Vd., dijo María.

—¡Miren los picarones de los chiquillos! si los llevo á coger.... y Macrina mientras decia esto doblaba su mantilla de franela, guardándola en un arcon de pino. ¿Quieres tomar algo? ¡parece que estás muy fuertecilla!...

—Sí, estoy bien, y lo que deseo es hablar con formalidad; tengo que hacer á Vd. una pregunta.

—Lo que tú quieras, hija; ¡pero válgame Dios, qué sustos nos has dado tú y ese bendito señor que se ha pasado las noches á la cabecera de tu cama, con los ojos siempre fijos en tu cara y derramando lagrimones como puños cuando te veía de mucho peligro!.... ¡Eso se llama querer de veras, hasta ofreció al médico hacerle rico si te salvaba la vida, ya ves tú! ¡Y siendo un señor tan principal, de tantas campanillas, consentir en casarse contigo!.... Vamos, si yo estoy tonta; te aseguro que lo veo y no lo creo. Pero calla, ¿estás llorando? ¡Qué cosas tienes, mujer!.... ¡Si debias estar alegre como unas castañuelas!.... hay es nada, ¡ser marquesa!....

Mira que poco caso ha hecho el bobalicon de Manolo; ni una vez siquiera ha preguntado por tí. Lástima es que te aflijan las habladurías del pueblo; al fin, chismes de lugar, hijos de la envidia, y á tí ¿qué te pueden importar? Y á propósito, te voy á traer unas sopas en la taza de plata que me dió para tí el señor marqués; quisiera poder enseñársela á todo el mundo; ¡pues no digo nada los cubiertos!.... ¡Si son preciosos!.... ¿Cuándo hemos visto nosotros la casa tan llena de alhajas y de oro, que sin este recurso te hubieras muerto en la enfermedad,

hija mia, porque ya no nos quedaban ni dos cuartos para mandar cantar á un ciego. Dios se lo pague.

La charla de Macrina era interminable, pero María no la contestaba una palabra, á pesar de que cada una de las suyas la traspasaba el corazon. Por fin exclamó al ver que se marchaba á la cocina:

—Quédese Vd. señora; tenemos que hablar.

—Voy por las sopas; pero ¿qué es eso de *señora*? ¿Acaso no soy ya tu madre?

—Creo que no lo ha sido Vd. nunca, y eso es lo que deseo saber.

—¡Vaya, vaya! No pienses en esas cosas, y déjame en paz.

—Tengo derecho á saber quién son mis padres, y lo exijo, contestó María con un tono tal de firmeza, que intimidó á Macrina.

—Yo no te lo puedo decir; no los conozco.

—¿Luego los rumores del pueblo eran ciertos? Y ¿por qué ocultármelo?

—¡Ya se ve! porque no nos perdieras el cariño.

—Yo debí haberlo adivinado hace tiempo, porque una madre no se goza en la deshonra de su hija como Vd. se está gozando en la mia.

—Verdaderamente que me asustas; no he visto pensamientos mas descabellados que los tuyos; llamar deshonra á la fortuna que te se

entra por las puertas de la casa, solo á tí se le ocurre.

—Para Vd. sería sin duda una fortuna, porque solo piensa en asegurar el pan de su vejez; para mí la desgracia y el deshonor, que no aceptaré nunca.

—¿Qué no aceptarás? ¿Y entonces que será de nosotros? exclamó la vieja con acento compungido.

—¡Dios nos amparará....! quizá mis padres vivan; los buscaré.

—Es que yo no te daré señas ningunas de cómo te recogimos.

—¿Y con qué derecho podrá Vd. negármelas?

—Con ninguno; pero si te lo digo me vas á dejar y dejarás tambien al marqués, y hoy es él nuestra única esperanza.

—¡Señora! gritó María con indignacion, salga Vd. de mi presencia.

—No te enfades, hija, yo se lo contaré todo al marqués.

—No es él quien debe saberlo, soy yo.

—Pues á tí no te lo digo.

—¿Es esa la última resolucion de Vd.?

—La última.

—Está bien; puede Vd. retirarse; mañana hablaremos.

Macrina se fué muy cavizbaja á su cuarto,

despues de haber llevado á la enferma una taza de sopas, que esta le mandó dejar sobre la mesa.

María, que se sintió muy abatida, las tomó por recobrar las fuerzas; despues se acostó y apagó la luz para que Macrina la creyese dormida; pero se levantó á las doce, y con sigiloso paso atravesó la cocina, dejó á un lado el cuarto donde descansaba la anciana guardesa con un sueño tranquilo y profundo, y salió al corral, donde estaba situada la puertecilla que iba al campo.

Pocos instantes tuvo que esperar; el ruido de un coche se sintió á lo lejos, que no tardó en aproximarse, quedando á cierta distancia de las tapias del pueblo. María conoció que era Enrique y salió á reunirse con él.

No se engañó, el bizarro militar se apresuró á cojerla del brazo así que la vió, porque la infeliz no podia tenerse en pié.

—¡Ah, cuánto he sufrido! Si supiera Vd. qué dolorosa me ha sido esta resolucion, tendria lástima de mí.

—Lo comprendo: no se me oculta su pena: pero yo la aseguro que, tanto mi madre como yo, sabremos recompensarla ese sacrificio.

—Lo único que exijo de Vd. es que averigüe quién son mis padres, porque yo no soy hija de Mauricio ni de Macrina.

—¿Y sobre qué datos trabajaremos?

—No ha querido Macrina darme ninguno: dice que mañana, cuando el marqués venga, se lo contará todo á él; pero como yo no he de verle, conviene que Vd. se entere y me lo participe: ese es hoy mi mayor afán.

—Confie Vd. en mi discrecion.

En esto llegaron al coche, montaron, y se puso en marcha hácia Guadalajara, quedando María depositada al dia siguiente en un convento de esta ciudad.

### CAPÍTULO XIII.

#### Resolucion.

El marqués llegó á la quinta al dia siguiente de haber entrado María en el convento. A pesar de que creia llegado el instante de su felicidad, su tristeza era inmensa: iba á dar un paso decisivo: estaba resuelto á casarse con María, y solo le aterraba la idea del disgusto que tendria su madre cuando lo supiera.

El amor inmenso que se apoderó de su razon habia llegado á dominarle de tal modo, que solo en ella pensaba; María era su única, su sola felicidad.

Comió con su madre, y no viendo á Enrique, preguntó por él, y le contestaron que estaria sin duda en casa del conde. La marquesa le miraba con profundo dolor, y esforzándose en contener su llanto, estuvo dos ó tres veces

para descubrirse. Su hijo querido abrigaba un pensamiento culpable, iba á casarse sin su consentimiento, iba á manchar los blasones de su casa, uniéndose á una mujer de baja esfera, y aunque tenia la seguridad de que la novia no estaba ya en su casa, la marquesa sufría.

No sufría menos el marqués; terminada la comida, se levantó, y pretestando un fuerte dolor de cabeza iba á retirarse.

—¿No me abrazas? hijo mio: exclamó la marquesa.

—¡Madre!... murmuró el jóven con enternecimiento, estrechándola contra su corazon.

No tuvo fuerzas para mas, se sintió ahogar por los sollozos, y desprendiéndose de los brazos de la marquesa, echó á correr hácia sus habitaciones.

La anciana señora, dejando caer sus lágrimas largo tiempo contenidas, murmuró llena de pena:

—¡Cuánto debe amarla!... ¡Oh! ¿si habremos hecho un disparate en quitarle á esa mujer?... ¿Quién sabe lo que hará al encontrarse sin ella?

Absorta en sus pensamientos quedó hasta cerca de las diez de la noche que llegó Enrique.

—Te aguardaba, hijo mio, con una ansiedad cruel, le dijo, así que le vió.

—Ahora mismo llego de Guadalajara, y no me ha sido posible venir antes, porque aquella pobre niña está muy enferma y me ha costado gran trabajo dejarla; por fortuna las religiosas la han recibido con mucho cariño y la cuidarán bien.

—¿Y se resolvió fácilmente?

—Con la docilidad de un ángel, es una criatura encantadora; pero le ama, y quien sabe si su sacrificio le costará la vida.

—¿Y á él? ¿qué hará cuando se encuentre sin ella? Porque su pasión es inmensa, á juzgar por la resolución que ha tomado atropellando por todas las consideraciones y todos los deberes.

—El caso es, que María no es hija de Mauricio; según me ha explicado la recogieron de pequeña, y Macrina ha prometido dar á mi hermano noticia de sus padres.

—¡Oh! ¡qué nueva luz! si fuera de noble cuna me alegraría.

—Y yo también, pues según he visto no pueden vivir el uno sin el otro, dijo Enrique.

—Mañana veremos lo que hace tu hermano; cuando vea que ha desaparecido se volverá; ¿pero nos culpará á nosotros?

—No puede tener ni la mas remota sospecha, nos cree estraños á su secreto. Yo pienso ir por la mañana á ver á la condesa, que Ada

estará impacientísima con mi ausencia, y por la tarde me trasladaré á Tórtola, á ver si puedo arrancar á Macrina el secreto del nacimiento de María.

—Entonces, hasta mañana, hijo mio, puedes retirarte que estarás rendido.

—Buenas noches, mi buena madre, tranquilícese Vd. y nada tema, que todo se arreglará á medida de nuestro deseo.

Enrique tomó una luz y se retiró á su cuarto; le esperaba su asistente, que le dijo:

—El señor marqués desea hablar á Vd.

—¿Estará arriba?

—Sí señor, en su dormitorio.

Enrique subió, y encontró al marqués acostado. Eran las once.

—Me han dicho que me llamabas.

—Es verdad, cierra la puerta y siéntate dijo el marqués, incorporándose á medias en el lecho.

—Aquí estoy, y te escucho, hermano mio, dijo Enrique; pero antes permíteme informarme de tu salud.

—Me hallo bastante desazonado, y no es extraño, porque estoy sosteniendo hace dias una lucha horrible.

—La súbita trasformacion que has experimentado de algun tiempo á esta parte, me hizo creer que sufrías; pero herido por tu re-

serva y tu altivez, nada te quise preguntar, creyendo que no era digno de tu confianza.

—¡Ay hermano mió!... á veces se apoderan del corazon tales sentimientos....

—Que nos hacen avergonzar, ¿no es cierto?

—No queria decirlo precisamente; pero ya que lo has dicho, convengo en que hay pasiones que avergüenzan al hombre, pero no por eso se pueden reprimir ni son menos intensas.

—Y bien, espílicate, ¿cuál ha sido tu objeto al llamarme aquí?

—Quería decirte que amo á una mujer, mejor dicho, á un ángel; pero con un amor tan inmenso, que he jurado hacerla mi esposa ó permanecer soltero toda la vida; en este caso, estoy resuelto á romper mi proyecto de boda con Ada, y te suplico que procures conquistar-te sus simpatías y te cases con ella; cumple por mí, que la voluntad de nuestro padre de enlazar las dos familias se lleve á efecto; ese es mi mayor, mi único deseo; si para realizarlo fuese obstáculo mi título y mis bienes, yo te los cedo; dispon de todo, me basta con mi amor; un pedazo de tierra en un rincon del mundo.

—¡Y nuestra madre!... murmuró Enrique.

El marqués, á estas palabras que envolvian un amargo reproche, bajó la cabeza con abati-

mientó, suspiró y luego con honda amargura exclamó:

—Ada y tú la consolareis, yo no puedo ya resistir el impulso que me domina, este impulso que es mas fuerte que mi voluntad, mas fuerte que yo mismo.

—Está bien; ¿y no tienes otra cosa que mandarme?

—Mañana me marcharé á Madrid, escíbeme allá tu resolucion, y cuando se haya efectuado tu casamiento con Ada volveré.

—¡Ah! ¡yo creí que nos abandonabas por completo!....

—¡Abandonaros!.... no; estaré muchas temporadas ausente; pero yo no puedo dejar por completo á mi buena madre.

—Si la dejases la matarias, y la matarias tambien si llevases á cabo una alianza indigna de tu nombre.

El marqués se encogió de hombros y no dijo una palabra.

Enrique, frio y glacial, se levantó.

—Adios, dijo, te deseo feliz viaje y buena noche.

—Aun nos veremos, murmuró el marqués.

—¿A qué hora partes?

—Por la mañana; pero no madrugaré, adios.

—¡Adios!... contestó Enrique retirándose profundamente resentido por la reserva de su her-

mano, que se limitó á participarle su resolucion sin revelarle el nombre de la mujer que amaba.

El marqués, cuando quedó solo, llamó á su ayuda de cámara y le dijo:

—A las dos ven á vestirme y haz que me tengan preparado un coche de camino.

---

IN SENATE CHAMBERS  
AT THE COURT HOUSE  
CITY OF PHOENIX  
ARIZONA  
THIS 15th day of February 1915  
I, the undersigned, Clerk of the Court,  
do hereby certify that the within  
copy is a true and correct copy  
of the original on file in my  
office.

## CAPÍTULO XIV.

Lucía Silo.

Macrina, sin poder siquiera imaginarse que se hallaba sola en la casa, durmió profundamente hasta la madrugada; cuando vió entrar la luz por la ventana de su cuarto, se levantó, encendió lumbre, y puso la chocolatera; luego dijo:

—Voy á ver cómo ha pasado la noche esta chica.

Y entró en el cuarto de María.

La ventana estaba abierta, y á primera vista pudo convencerse de que no había nadie.

—¡Dios mio! ¿si se habrá marchado? exclamó llena de asombro.

Recorrió toda la casa y se encontró abierta la puertecilla del corral, comprendiendo al momento que por allí debió salir, porque la puer-

ta de la calle tenía la llave por dentro y estaba cerrada.

—¡Bah! me alarmo sin fundamento, acaso haya ido á dar un paseo, ¿está la mañana tan hermosa!... exclamó al cabo de un rato. Preparo el desayuno para cuando vuelva.

Macrina hizo el chocolate, arregló toda la casa, sintió dar las ocho, las nueve, y María no parecía. Empezó á alarmarse, salió á la calle, preguntó á las vecinas, pero nadie le dió razon de la fugitiva; entonces se puso á llorar amargamente.

—¡Ah! decia la pobre mujer; ¿para qué la habré yo revelado que no es mi hija? así me abandona, y no la veré mas, ¿qué será de mí, pobre vieja, sin recursos y sin fuerzas ya para trabajar?... y que verdaderamente la quiero como si fuera mi hija, no lo puedo remediar.

Los lamentos de la infeliz redoblaban á medida que iba pasando el tiempo. De repente se paró un coche á la puerta, lanzó un grito y se precipitó al encuentro del marqués, que se apeaba.

—¿Cómo está María? dijo; pronto haga usted los preparativos de viaje que nos vamos.

—¡Ay! ¡señor marqués de mi alma! gritó Macrina prorumpiendo en sollozos.

—¿Qué sucede? ¿Y María? hable Vd. pronto, ¿donde está María? ¿Sigue peor?

—¡Ay! yo no la encuentro; me acosté anoche dejándola muy enfadada, es verdad, porque no la dije quién eran sus padres, y esta mañana cuando me levanté habia desaparecido.

—¡Desaparecido! ¿y dónde pudo ir ella sola, tan débil y tan enferma? No estará lejos, busquémosla.

—Es inútil, la he buscado por todas partes y nadie la ha visto, se debió marchar á media noche.

—¡Oh! ¡Dios mio!..... ¡Dios mio!..... exclamó el marqués cayendo en una silla con muestras del mas profundo dolor.

—Todo su afan era buscar á sus padres.

—¿Pero Vd. no es su madre?

—No, señor, ni Mauricio su padre; la recogimos en la Cruz del Olivar cuando era pequeña, que apenas tendria dos años.

—¿Y quién la dejó allí?

—No sabemos; era una noche de invierno, muy oscura y lluviosa; oimos tiros y lamentos, Mauricio se levantó, fué á ver, y por las señales que habia en el camino debieron unos ladrones, que andaban por estos alrededores, robar á unos viajeros, que sin duda escaparon dejando la niña en un lodazal, de donde la sacó mi marido, y la trajo á casa medio muerta.

¿Y nadie la reclamó?

—Absolutamente nadie, ni pudo descubrirse

el robo, porque los ladrones desaparecieron á poco de estas cercanías, y los viajeros no volvieron en busca de la niña.

—¿Y qué pruebas tiene Vd?

—Conservo la ropita que tenia puesta y un medallon que llevaba al cuello.

—A ver, muéstreme todas esas prendas.

Macrina entró en el cuarto y volvió á salir con un lio, que puso sobre la mesa.

El marqués examinó con ansiedad aquellas ropas, que tenian dos iniciales, L. S.

—¡Lucía Silo! murmuró interiormente, ¿sí será la hija que perdieron los condes? La hermana de Ada.... Venga el medallon, exclamó en voz alta.

Macrina se le presentó temblando; el marqués le dió varias vueltas, y abriendo un secreto que tenia en el centro, se encontró con un retrato.

—¡La condesa! exclamó trasportado de gozo....¡qué felicidad!

—¡Un retrato! repuso asombrada Macrina, ¿quién habia de pensar que ahí se ocultaba un retrato?

—¿No le habia Vd. visto?

—No, señor; ¿pero Vd. conoce á esa señora?

—Es la madre de María, la condesa de Silo.

—¡La condesa...! y que tiene Vd. razon; dijo la anciana contemplándole.

—Recoja Vd. esa ropa, y véngase en seguida conmigo, iremos á casa de los condes, quién sabe si ella acordándose de la bondad de Ada habrá ido á refugiarse allí, dijo el marqués.

Instantes despues se dirigian á Quintanilla.

The first part of the report is devoted to a general  
 description of the work done during the period  
 covered by the report. It is followed by a  
 detailed account of the work done in each of the  
 various departments of the factory.

---

---

## CAPÍTULO XV.

### La hija perdida.

Con permiso de nuestras amables lectoras, volveremos otra vez á Quintanilla; hace tiempo que nada sabemos de la risueña y encantadora Ada, y es en verdad muy justo que la hagamos una visita.

Era por la tarde; la condesa y su hija, anhelando respirar el aire puro del campo, se habian bajado al jardin y se paseaban esperando sin duda á alguna persona, porque tenian el coche á la puerta y estaban vestidas para paseo.

El conde se hallaba de caza; era su ocupacion constante y favorita: para él no debian tener mucha importancia los disgustos domésticos cuando no se privaba de su diversion.

—¿Sabes, mamá, que me tiene inquieta la

ausencia de Enrique? dijo Ada con su ingénuo sencillez. Ni ayer vino ni anoche tampoco, y esto es muy extraño en él, que nos acompaña á todas horas y que sabe le apreciamos tanto.

—Y yo creo, hija mia, que te preocupa mas su ausencia que la de su hermano, tu futuro esposo, dijo la condesa sonriendo.

—¡Bah! no me hables del marqués; le aborrezco.

—Y si le vieras llegar tan rendido y amante como otras veces, y te pidiera perdon, ¿qué harías?

—Te aseguro, mamá, que me es dificultoso responder á esa pregunta; hoy casi sentiría su arrepentimiento.

—¿Por qué?

—He llegado á conocer que no le amaba mucho cuando este rompimiento de relaciones me ha sido tan indiferente. ¡Pero cuánto tarda Enrique!.... ¿creerás que estoy inquieta y que sufro? dijo la jóven rompiendo los guantes con verdadera impaciencia.

—Mandaremos á la quinta á preguntar por él, ¿quieres?

—Con el alma y la vida.

—Espérame, voy á enviar un criado.

Ada quedó un momento sola, y alzando los ojos al cielo suspiró profundamente.

—¡Yo no sé qué tengo, murmuró, ni por qué

sufro, ni por qué á veces siento impulsos de llorar!... cuando no veo á Enrique estoy triste, cuando llega parece que mi corazon recobra nueva vida, y esto es particular, porque nunca me ha sucedido con su hermano.

La hermosa niña golpeaba con impaciencia la arena del jardin con su diminuto pié calzado con un zapatito de raso negro.

La condesa volvió.

—Pronto sabremos qué hay, dijo sentándose al lado de su hija; voy notando que tienes mucho interés por Enrique.

—Mamá, si te he de decir la verdad, tambien á mí me estraña; ahora mismo estaba interrogando á mi corazon, y creo que le amo.

—¡Ah! yo me alegraria que la proyectada alianza entre las dos familias se hiciese, si no con un hermano con otro; no hay mas que un mal.

—¿Y cuál es?

—Que Enrique es segundo, y no puedes ser marquesa, ni poseer las inmensas rentas del marquesado.

—¿Y qué importa? soy condesa y tengo riquezas de sobra; yo creo que por eso Enrique no se atreve á declararme su amor.

—¡Hola! ¿con que te ama?

—¡Tal creol... dijo Ada con una graciosa sonrisa: algunos dias está triste, taciturno, y to-

do su afán es saber si me acuerdo de su hermano.

—¿Y tú qué le dices?

—La verdad es que no pienso en él, y entonces si le vieras, mamá, ¡se pone tan contento!... y yo gozo tanto viéndole sonreír... ¡es tan guapo!... ¿verdad que no se parece á su hermano? El marqués tiene á veces un genio tan altivo, tan áspero y tan poco complaciente, que cuando lo recuerdo no puedo menos de alegrarme de lo que ha sucedido, porque hubiera sido desgraciada con él.

Aquí llegaban de su conversacion las dos señoras, cuando sintieron rodar con rapidez un carruaje por las mal empedradas calles que circuian el jardín.

—¡Si será Enrique!... exclamó Ada.

—¡Quien sabe si será el marqués que venga á pedirte perdon!... dijo la condesa en tono de broma.

—¡Que fastidio!... no me lo digas; exclamó Ada con un marcado gesto de disgusto.

El coche se detuvo á la puerta. Instantes después apareció el marqués en el jardín.

—¿Ves? dijo la condesa, mira si tenía razón.

—Pues chasco se lleva; de Enrique ó de nadie; repuso Ada con seriedad, y manifestando en su rostro el profundo disgusto que sentía.

Empero el marqués, sin mirarla siquiera, se

dirigió precipitadamente á la condesa y la dijo con ansiedad:

—Perdóneme Vd., condesa, si despues de lo que ha pasado, que ni á mi mismo me ha sido posible evitar, vengo á buscar á Vd. porque me trae un asunto del mayor interés.

—¡Caballero! dijo la condesa con severidad.

—¿No tenia Vd. otra hija además de Ada? esclamó el marqués interrumpiéndola.

—Si señor, de la misma edad que Ada, eran gemelas; ¿pero á qué viene esto?

—Respóndame, por piedad, va en ello mi dicha, la de Vd. y la de ella.

—¿Pero quién es ella?

—Esa niña que Vd. perdió cuando era pequeña, ¿no es cierto? dígame cómo fué aquello, y quizá yo sepa darle razon de su paradero. ó mejor dicho de su fuga; porque ha huido de mí y no la encuentro por ninguna parte. ¡Oh! ¡estoy loco!... ayúdeme Vd. á buscarla, no me queda duda de que es Vd. su madre, en el medallon que llevaba al cuello la niña está su retrato, y no sé cómo no lo he adivinado antes porque se parece á Vd. como se parecen dos gotas de agua.

—Esta Vd. loco, y acabará por enloquecerme á mi tambien, dígame por Dios ¿dónde está mi hija?... ¿cómo la ha descubierto? mi querida

Lucía que perdí de tres años, me la robaron los ladrones y no la he vuelto á ver.

—Bien cerca la tuvo Vd. y no la ha reconocido; es María, la hija del guarda Mauricio.

—¡Ella!... ¡ya lo presentia yo! exclamó Ada.

—¡María! ¡oh! ¿será posible?... ¡si el corazon me lo decia á voces, y yo no le hice caso! dijo la condesa vertiendo lágrimas de alegría y de dolor al mismo tiempo. ¿Dónde está? lléveme usted pronto á su lado.

—¡La he perdido!... no la encuentro por ninguna parte; creí hallarla aquí.

—¡Desgraciado! ¿á qué viene Vd. entonces á desgarrarme el corazon? dijo con angustia la pobre madre.

—¿Pero no la han visto Vds.? ¿será posible que no la hayan ocultado por arrebatarla á mi cariño?... ¡Porque ha de saber Vd., condesa, que yo la amo con todo mi corazon, que no podré vivir sin ella!... Perdon, Ada, perdóname si te ofendo; porque estoy loco y soy muy desgraciado.... exclamó el marqués, en cuyo hermoso rostro se pintaba un dolor profundo.

—No me ofendes, porque yo ni te amo ni te he amado nunca, contestó Ada; lo que quiero es ver las pruebas de que esa muchacha es mi hermana menor, pues aunque gemelas, yo nací algunas horas antes.

—Macrina te las dará, allí las tiene, dijo el

marqués señalando á un banco cerca de la puerta, donde la anciana con un envoltorio en la mano, habia caido medio desfallecida.

Las dos señoras corrieron hácia ella.

—¿No era hija tuya María? la preguntó la condesa.

—No, señora; hace doce años que mi marido la encontró abandonada en un lodazal junto á la Cruz del Olivar del duque. Era una noche crudísima de invierno; sentimos á media noche tiros, despues lamentos, y tanto se repitieron, que mi marido se levantó, fué á ver lo que era y á poco volvió con una niña de unos tres años que no hablaba apenas. y no la pudimos entender su nombre.

—¿Y qué dia fué?

—Aquí en esta cartera dejó mi marido una declaracion con todos sus detalles, esta es la ropita que tenia puesta y el medallon.

—¡A ver! dijo con ansiedad la noble dama examinándolo todo minuciosamente y besando con viva ternura aquellas prendas queridas.

—En efecto, exclamó, no me queda duda, esta es la ropa de mi niña, y las fechas del papel están conformes con las que yo guardo siempre en la memoria de aquella noche memorable en que íbamos huyendo á Francia, por ser perseguido mi marido á consecuencia de cuestiones

políticas. En el camino nos sorprendió una partida de hombres á caballo, creimos que nos iban á prender y nos defendimos; el conde y los criados emprendieron con ellos una lucha sangrienta, por fin logramos escaparnos, y hasta el día siguiente, cuando estábamos muy lejos del sitio de la catástrofe no advertimos la falta de la niña; esto consistió en que las doncellas iban en un coche y nosotros en otro; ellas creyeron que la niña iba en el nuestro y nosotros en el suyo. Luego escribimos al mayordomo y á todos los amigos para que la buscasen, ofreciendo fuertes cantidades á quien la entregara, creyendo se la llevarian los ladrones por obtener su rescate; pero todo en vano, no ha vuelto á parecer hasta hoy que la perdemos de nuevo. Y diga Vd., ¿tiene alguna señal?

—En el hombro izquierdo una mancha roja y otra en el pié derecho.

—¡Es verdad!... ¡ay! nadie sabe cuántos pesares me ha costado su desaparicion!

—Yo la cogí medio muerta de frio, nadie me la pidió y la conservé como una hija, habiendo sido mi consuelo hasta este momento en que la he perdido, y no pude menos de confesar al señor marqués el secreto de su nacimiento, dijo Macrina.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¿y dónde estará?

esclamó la condesa llorando y entregándose á una desesperacion inmensa.

El marqués, con señales del mayor abatimiento, habia ido á sentarse en un banco y se cubria el rostro con las manos.

En esto se presentó Enrique.

El rostro de Ada se iluminó repentinamente por un rayo de alegría.

—¿Qué sucede? exclamó el jóven con la mayor sorpresa al ver allí á su hermano y al advertir la consternacion en que estaban todos sumérgidos.

—¿Qué ha de suceder? dijo la condesa, que encuentro á mi hija para perderla de nuevo.

—¿Qué hija?

—Mi Lucía, la niña que nos robaron cuando íbamos á Francia hace doce años, y que segun vemos ahora, la dejamos perdida en el camino. Usted sabe que esa desgracia alteró mi salud, y siempre me ha tenido preocupada y triste.

—¿Y quién ha dado á Vd. noticias de ella? exclamó Enrique, herido por un nuevo pensamiento.

—Me las ha dado Macrina, en cuya casa ha vivido como hija suya.

—¿Luego Maria es Lucía?

—Sí, señor, respondieron todos á un tiempo.

—Pero se ha fugado para mi mayor desdicha, añadió la condesa?

—Albricias, pues, condesa y vamos á buscarla, dijo Enrique con alegría.

—¿Pues cómo? ¿Vd. sabe dónde está?

—En un convento de Guadalajara donde la he llevado á ruego suyo, que me pidió por Dios la librase de las persecuciones de mi hermano.

—¡Enrique! ¿y nada me has dicho? murmuró el marqués mirándole atónito.

—¡Hermano!... imité tu reserva, que me ha herido en el alma; pero déjame que te abrace y te felicite por tu pasión; María es digna de tí, y te ama con locura....

El marqués abrazó á Enrique con la mayor efusion, y dijo luego:

—Condesa, vamos á buscarla y concédame usted su mano, porque la vida sin ella me es indiferente.

Ada, aprovechando un momento, se acercó á Enrique y le dijo:

—¡Eso es!... cómo me olvida Vd....

—¡Nunca, Ada!... aunque no haya venido ayer no se ha separado su imagen de mi corazón.

La condesa que los oyó dijo:

—¡Ah! tendremos dos bodas en vez de una; ¡qué felicidad! vamos, señores, vamos á Guadalajara, porque me parecen siglos los instan-

tes que tardo en abrazar á la hija adorada que he llorado tantos años.

—Iremos á buscar á mi madre para que sea de la partida, añadió Enrique, y tendrá una alegría inmensa.

—Tambien encontraremos á papá en el monte y nos le llevaremos hácia allá, exclamó Ada.

—Vamos, señores, vamos, dijo la condesa dirigiéndose á los carruajes que estaban á la puerta.

—¿Y yo qué hago? exclamó tímidamente Marcrina viendo que la dejaban olvidada.

—Vente tambien, luego te daremos en la casa un cargo importante. Has servido de madre á mi hija y la has hecho una mujer honrada, justo es recompensarte.

Poco despues se pusieron en marcha hácia Guadalajara, donde llegaron ya bien entrada la noche, de modo que les fué imposible ver á María hasta el dia siguiente, porque encontraron cerradas las puertas del convento.

---

— ¿Por qué te has ido a la cama? —  
— He estado pensando en lo que me has dicho.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

— ¿Y qué te ha pasado? —  
— Me he acordado de lo que me dijiste.

---

---

**CAPÍTULO XVI.****Felicidad.**

No bien amaneció, cuando las dos familias que habian pasado una noche inquieta y desasegada, se dirigieron á las afueras de la poblacion donde estaba situado el convento.

Así que las religiosas supieron que estaba allí la familia de María, se apresuraron á conducirla al pié del lecho, donde la infeliz, presa de la calentura, deliraba y gemia de un modo desconsolador.

Estaba todavía convaleciente de una penosa enfermedad, cuando tomó sobre sí la grave resolucion de sustraerse á los amores del marqués; esto era superior á sus fuerzas, porque le amaba con todo su corazon, y le produjo una recaída, que hubiera sido fatal, á no acudir en su auxilio con tanta prontitud.

Las pobres monjas estaban aterradas viéndola tan mala, siendo inmensa su satisfaccion

al entregar la enferma á su misma familia, declinando la inmensa responsabilidad que sobre ellas pesaba.

Todos se instalaron con profundo dolor en la pobre celda, sustituyéndose unos á otros en la cabecera de la cama; de modo que no perdieron de vista ni un solo gesto, ni un solo movimiento de María.

Esta permaneció delirando, sin recobrar el conocimiento hasta tres dias despues de haber llegado al convento las dos familias, que la asistieron con el mas vivo interés, sufriendo indecibles tormentos por ella y por el marqués, que se habia entregado á una desesperacion sin límites.

No bastaban las reflexiones de su madre, para hacerle entrar en razon, habiendo querido en su furor matar á Enrique, culpándole de la recaida de María porque sin estar completamente buena la sacó de su casa para llevarla al convento.

Por su parte, la condesa no dejaba de llorar, creyendo que habia encontrado á su hija para perderla de nuevo, y quizá para siempre. La incertidumbre de las dos familias era angustiosa y desoladora, hasta que el médico anunció una ligera mejoría en la enferma.

—Si esta noche duerme algunas horas acaso en la madrugada de mañana esté en su razon,

y conviene que poco á poco se la vaya preparando para recibir la noticia de su felicidad, cada esperanza de dicha que se le vaya dando será un bálsamo para las heridas de su corazón, y pronto la tendremos restablecida; pero es necesario mucha precaucion, porque la medicina, propinada en pequeñas dosis, hace efecto y salva, y en gran cantidad puede matar al enfermo.

—Descuide Vd., dijo la condesa; el amor de una madre es un escelente enfermero.

—¡Ah! nada tengo que temer, la dejo en buenas manos; repuso el médico despidiéndose.

Instantes despuesse instalaban á la cabecera de la cama la condesa y la marquesa con gran sentimiento del marqués, que reclamaba para sí uno de aquellos puestos; pero las dos señoras pudieron conseguir que se retirase á descansar pretestando que su presencia allí era inútil, porque la enferma, sin estar antes convenientemente preparada, no podia verle.

Estas razones le convencieron y se retiró un poco mas tranquilo con los síntomas de mejoría que se notaban en su jóven prometida.

No se engañó el médico, despues de haber dormido unas cuantas horas, María abrió los ojos y reconociendo á las dos señoras que estaban á su cabecera, dijo con voz débil y profundamente conmovida:

—¡Ah! ¡señoras!... ¿Vds. aquí?

—Sí, hija mia, contestó la condesa; nos dijo Enrique que te habia traído á este convento, y vinimos á buscarte para que te vieras á casa; pero tuvimos el pesar de hallarte enferma.

—Sí, querida, esa es la verdad, añadió la marquesa.

—¡Cuánta bondad!...

—Tú te lo mereces, ¡eres un ángel!... dijo la condesa.

—¡Me asombro al verlas cerca de mí!

—Y ¿por qué? exclamó la marquesa?

—Porque me parece imposible que no me tengan un odio mortal; yo he sido la causa de sus penas, de sus discordias.

—Todo lo sabemos; el marqués nos ha confesado el amor que te tiene, dijo la condesa.

—¿Será cierto?... ¿él?... ¿y habrá tenido valor?

—Ya lo creo; y dice que, ó se casa contigo, ó se marcha de España donde no le veamos mas.

—Vds. le convencerán de su locura.

—¿Convencerle?... es imposible; y te aseguro que es muy capaz de hacer lo que dice; en fin, ponte buena, y veremos lo que se hace; por de pronto está enfermo y solo tú puedes curarle.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡si esto parece un sueño!...

—Y no hay mayor realidad; pero descansa, toma este medicamento y procura dormir otro ratito, dijo la condesa, tomando un vaso que habia sobre la mesa y dándola una cucharada del liquido que contenia.

—¡Qué buena!... ¡con qué pagaré tantas bondades!... exclamaba la jóven con íntimo agradecimiento.

—Tú sí que eres una santa; vamos, duérmete, querida; y la condesa, no pudiendo sufrir mas su afectado papel de indiferente, se inclinó sobre la enferma y la cubrió de besos, diciéndola al oído, como recatándose de la marquesa:

—Ponte buena, hija mia, yo haré que la marquesa consienta en tu boda con su hijo, porque lo que te has creído un mal, era un bien inmenso. Ada le aborrecia y hubiera sido infeliz con él.

—¿Será cierto?... ¡Dios mío!... si esto es un sueño haz que no despierte nunca.

—Vamos, duerme, que te pondrás peor.

La jóven inclinó la cabeza sobre la almohada con la docilidad de un niño, y volvió á dormirse arrullada por tan dulcísimas esperanzas de felicidad.

La condesa salió palmoteando, y loca de alegría participó á todos que la vida de su querida Lucía estaba asegurada. El marqués tenia

empeño en entrar; pero todavía se detuvo á los ruegos de la noble señora, que no quiso comprometer la curacion por una indisculpable ligereza.

—¡Vds. quieren matarme!... decia el marqués; tanto esperar y tanto sufrir, concluirá por volverme loco.

—Bien, la verás esta tarde, dijo la condesa; pero con una condicion: reconciliate con tu hermano: le has ofendido y debes pedirle perdon.

—Si no es mas que eso, allá voy; ven, Enrique, y dame cien abrazos y perdóname, y haz de mí todo lo que quieras; imponedme todos los castigos que gustéis, pero dejadme ver á mi ángel, á mi esposa; porque nos casaremos muy pronto, ¿no es verdad, condesa, que sí?...

—Cuando Ada y Enrique: las dos bodas se han de hacer en un dia, dijo la condesa.

—¡Ah! ¡gracias, mi segunda madre! millones de millones de gracias; no sabe Vd. cuánto la quiero.

—Bien lo merece: la pobrecita se nos muere si no hubiéramos acudido tan pronto.

La condesa entró de nuevo en la celda que ocupaba Lucía, y el marqués se quedó haciendo mil locuras con su hermano, que le perdonó con gusto su ligereza, en gracia de los excelentes sentimientos de su corazon.

Tan profundo y saludable fué el sueño de

Lucía, que no se despertó hasta cerca de las doce; el médico había estado ya á visitarla y no quiso interrumpir su descanso, volviendo por la tarde, y encontróla en un estado sumamente lisonjero.

Ya pudo alimentarse con algunos caldos, tomando fuerzas para las importantes revelaciones que de vez en cuando y como por casualidad iba dejando escapar la condesa.

Macrina entró en la celda, y llevando bien estudiado su papel, se acercó á la cama, diciendo á la que fué su hija:

—¿Estarás muy enfadada conmigo, verdad?

—No señora; pero ¿quién ha dicho á Vd. que yo me encontraba aquí?

—El marqués, que lo supo por su hermano, y los dos me han hecho venir para que descubra quiénes son tus padres.

—¿Y no tendrá Vd. ahora inconveniente en decirlo?

—Siempre lo tengo, porque sin permiso de tu padre no puedo revelar el secreto.

—¿Y quién es mi padre? hable Vd., dijo con impaciencia María.

—Un caballero muy rico y muy noble.

—Su nombre es lo que quiero saber.

—No te lo puedo decir; le han escrito estos señores y debe venir él mismo á decírtelo.

—¡Ah! ¡Dios mio!... Condesa, señora condesa,

¿oye Vd. lo que dice Macrina? que mi padre es un caballero noble y rico; así ya no tendrá tanta repugnancia la señora marquesa en recibirme por hija.

—Ninguna tiene; ella misma te lo dirá: todos sus escrúpulos se desvanecieron al ver que eres un ángel; unamos á esto que has nacido en buena cuna y que Ada se alegra mucho de esta boda, y no hay mas que decir, todos estamos contentos.

—Pero ¿y él? ¿y el marqués? se atrevió á decir Lucía cubriéndose de carmin su pálido rostro.

—¿Quieres verle? aunque enfermo y triste espera que le llames: ¡si vieras cuánto te quiere!... ¡ah! es un amante como hay pocos.

—Si es gusto de la marquesa, que venga.

—Ya lo creo, exclamó la condesa saliendo á la pieza inmediata y volviendo á poco con el marqués y su madre.

La emocion de la enferma fué tan viva que estuvo á punto de desmayarse; pero era de alegría, y la alegría no mata.

Recibió tantas caricias, tantas protestas de fidelidad y de consuelo, y se halló tan dichosa entre sus dos enfermeras y su jóven amante, que se sintió fuerte y buena, encontrando en el júbilo de su corazon nuevas fuerzas y nuevos tesoros de inefable placer.

Varias veces preguntó por Macrina, pero la contestaron que habia ido á buscar á su padre y volveria con él al dia siguiente: dejaron pasar la noche á fin de que la nueva sorpresa la encontrase mas fortalecida; pero no lo necesitaba, era tanta su felicidad al ver vencidos todos los obstáculos que impedian su boda con el marqués que ya nada podia hacerla sensacion.

Por la mañana, despues de haber pasado una noche tranquila y feliz, la dijo la condesa:

—Prepárate á ver á tu padre, á tu madre, y á tu hermana.

—¡Dios mio!... ¿Será cierto? ¿con que yo tengo una familia que me recibirá con júbilo en sus brazos?

—Te ha recibido ya, ¡hija de mi alma!... exclamó la condesa sin poder dominar su emocion.

—¡Señora!... murmuró María con lágrimas en los ojos.

—¡Yo soy tu madre!... abrázame...

El conde entró, y Ada y Enrique y todos, sucediendo á la esplosion de alegría una escena conmovedora, porque á la vez querian ser los primeros en recibir las caricias de su ángel, de su inmaculada vírgen, que el cielo les devolvía como un milagro patente.

---



## EPILOGO.

Un mes despues de las escenas que acabamos de referir, llegaron varios carruajes á Tórtola, y se detuvieron en el olivar del duque, junto á la cruz de piedra; fueron apeándose las personas que iban en ellos, que eran muchas, y al parecer todas de la primera nobleza.

Las dos familias del conde y del marqués estaban allí; al amanecer se habia verificado el enlace de la condesita con Enrique, y del marqués con Lucía, y deseaban celebrar tan fausto acontecimiento junto á la Cruz del Olivar, que habia desempeñado tan importante papel en la historia de la guardesilla.

Infinidad de criados llevaron y sirvieron una comida de campo, que fué espléndida y suntuosa, pasando los recién casados unas cuantas horas en el olivar disfrutando con sus familias y amigos de una felicidad incomparable y de una alegría sin límites.

La anciana marquesa del Torrente abrazaba á su nueva hija la marquesita, y besando su frente con el mayor cariño, la decia :

—¡Pero qué hermosa eres!... ¡y qué feliz soy con llamarte hija mia!...

—¿No es verdad que tuve muy buen gusto, mamá? decia el marqués sonriendo y sin soltar la mano de su encantadora esposa.

—¡Oh! escelente; no hubieras podido encontrar una compañera mas noble ni mas virtuosa.

La jóven los abrazaba vertiendo lágrimas de alegría y de felicidad.

Llevaba un rico vestido de brocatel azul, con la misma soltura y elegancia que si le hubiera usado toda su vida.

Al anochecer ya, y cuando iban á marcharse, manifestó la jóven su deseo de que pasaran por Tórtola á dejar algunas limosnas á los pobres. En el pueblo habia corrido la voz y se sabia que la guardesilla como llamaban á María, era hija del conde y esposa del marqués; así fué que se agolpaban á las calles para verla pasar.

Ella, sin darse la menor importancia por su nueva posicion, iba hablando á todos sus antiguos amigos con la bondad de siempre: entregó al señor cura una gruesa cantidad para que la repartiera entre los mas necesitados; y al ir á subir al carruaje vió entre otras mujeres á la tia Chiripa y á Manolo, que se escondia por que

no vieran las lágrimas que corrían de sus ojos.

—Amigos míos, les dijo llegándose á ellos, en el día de mi felicidad quiero que todos me amen, y anhelo dar un abrazo á las personas que han rodeado mi infancia.

La tía Chiripa la abrazó, y sin poder contener su emoción, dijo :

—¡Ah! Dios premia en el mundo á los buenos; no puedo dudarle, cuando la virtud de Vd. ha sido así recompensada.

—¿Ves, Chiripa? para que te convenzas si tenía yo razón al decir que iba á ser marquesa, dijo Macrina pavoneándose con orgullo detrás de la jóven.

—¡Dichosa tú, que vivirás al lado de ese ángel!... murmuró Manolo.

Poco despues salían del pueblo, seguidos por las bendiciones de todo el mundo, y al esconderse el sol en el ocaso pasaban por la Cruz del Olivar de regreso ya para su casa.

La nueva marquesita asomó la cabeza por la ventanilla del coche, y vertiendo abundantes lágrimas, envió un tierno saludo á la *Cruz del Olivar*.

FIN DE LA NOVELA.

